

Mi hogar serás tú

SANGRE
Y TINTA
2

Abril Camino

Mi hogar serás tú

Abril Camino

© Abril Camino

1ª edición, enero 2017

ISBN: B01NCN1DJ2

Imagen de cubierta: Saksham Gangwar

Diseño de cubierta: Abril Camino

*A Matt,
porque este libro se lo ha ganado él solito.*

SINOPSIS

Matt solo tenía un sueño. Uno que casi todo el mundo da por hecho, pero que a él le ha costado toda una vida conseguir: vivir tranquilo rodeado por su familia. Nada hará que renuncie a él. Ni nadie. Ni siquiera la persona que se cruce en su camino y consiga poner patas arriba todo lo que él creía tener tan claro.

ÍNDICE

[SINOPSIS](#)

[ÍNDICE](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[EPÍLOGO](#)

NOTA DE LA AUTORA

Este libro es un contenido extra de mi novela *Sangre y tinta*. Si has llegado hasta él sin haberla leído, es mi obligación advertirte de que te vas a encontrar con un millón de *spoilers* de ella, ya que la historia de *Mi hogar serás tú* transcurre justo entre el final de la trama de *Sangre y tinta* y el epílogo. Avisados quedáis.

A todos los que disfrutasteis de *Sangre y tinta*, os enamorasteis de Matt y me pedisteis que escribiera su historia, solo puedo daros las gracias. Sin esos mails, tuits, reseñas y comentarios, posiblemente yo no me habría puesto a ello. O quizá sí. Quizá Matt siempre tuvo el poder de volar solo.

I

—Es gay.

—Qué intensita estás hoy, rubia. —Me levanto a coger dos cervezas del frigorífico y vuelvo raudo a tumbarme en el césped del jardín junto a Amanda. En San Francisco, en septiembre, uno nunca sabe cuándo puede ser el último día del verano—. No es gay. Te lo digo yo.

—Es total y absolutamente gay —me responde Amanda, mientras se baja medio botellín de un trago. Joder con la modosita.

—¿Quién es gay? —Camden aparece llevando en brazos al pequeño Jake, que ya parece tener ganas de echarse a andar.

—¿Qué tal la siesta? —le pregunta Amanda, mientras le saca al bebé de las manos—. ¿Te ha dado mucha guerra?

—Si la ha dado, yo no me he enterado. —Camden me roba mi botellín de cerveza e ignora mis protestas—. ¿Quién es total y absolutamente gay?

—Nadie —gruño.

—El jefe de Matt.

—¡No es gay! —insisto. Ya me gustaría a mí que lo fuera. O no, yo qué sé. Tampoco es plan meterme en ese lío a las dos semanas de empezar a trabajar.

—¿Y tú de qué conoces al jefe de Matt? —le pregunta Camden a Amanda.

—Ayer pasé a recogerlo por el hotel de paso que traía a Lucy del colegio.

—¿Y?

—Está buenísimo.

—Entonces seguro que es gay, Matt. El único hetero que le gusta a Amanda soy yo. —Se ponen a hacerse carantoñas de enamorados y juro que tengo que darme la vuelta para evitar vomitar.

—Joder, qué graciositos estáis los dos. No solo no es gay, sino que además es un tirano. Hablando del asunto... Me largo.

—¿Ya?

—Los viernes tenemos que estar dos horas antes en la cocina. Instrucciones especiales para el fin de semana, *blablabla*. Lo que yo os diga: un tirano.

—Bueno, tú no te metas en líos y pórtate bien en el trabajo.

—Síiii, mamá —le contesto con desgana porque, joder, no me meto en un lío desde hace como cuatro años, por Dios. Le echo una mirada de reojo a Amanda y veo que está mordiéndose los labios para aguantar la risa.

Le doy un beso rápido a Jake en la cabeza y salgo pitando hacia el trabajo. Me subo a la moto preguntándome qué avería se le va a antojar hoy. Hace dos años, después de un verano entero trabajando en una hamburguesería apestosa de la bahía, en la que, desde luego, no perfeccioné demasiado mi técnica culinaria, pude permitirme comprar un *scooter* coreano de cuarta mano que, al menos, me lleva de un lugar a otro.

La aparco a unos metros de la entrada de personal del hotel St. Andrews y me quedo alucinado, como cada día de las tres semanas que hace que trabajo aquí. Para alguien que se crio en un bloque de apartamentos de un suburbio de clase baja de Hot Springs, Arkansas, un hotel de cinco estrellas en el centro de San Francisco es algo así como el palacio de Buckingham. O la estación espacial internacional, no sé.

Estoy acabando de cambiarme en el vestuario anexo a la cocina cuando oigo los pasos fuertes de Luke Parsons resonando en el suelo de tarima. Es el chef principal del restaurante del hotel y es jefe hasta en los andares. Y sí, como mi querida cuñada se ha encargado de recordarme unas cuatrocientas setenta mil veces desde ayer, está buenísimo. Pero no buenísimo en plan «oh, mira, qué guapo es mi jefe». No. Buenísimo más del estilo «por Dios santo, deja todo lo que estás haciendo y empótrame contra la nevera industrial». O contra cualquier otra superficie horizontal o vertical, vaya, no voy a ponerme exquisito.

Un metro noventa, hombros anchos, cintura estrecha, piel morena, barba tupida, un aro plateado en el labio inferior y una melena por debajo de los hombros que se recoge en un moño para trabajar. Un puto moño. Y ni siquiera es un *híster* modernillo al que me apetezca darle de hostias, entre otras cosas, porque lo único que me apetece, recordemos, es tirármelo hasta que se me pongan los ojos del revés. Es más una especie de motero al estilo *Sons of Anarchy*, como demuestra la Triumph del tamaño de mi dormitorio que aparca día tras día al lado de mi pobre ciclomotor.

—¡Reed! ¿Quieres hacer el favor de despertar y venir aquí a supervisar los menús para el fin de semana?

Joder. Dos minutos de jornada laboral y ya tengo la sensación de que la he cagado. Bien, Matt, muy bien.

II

Octubre es un mes tranquilo en el restaurante. Después de un mes y pico de mucho trabajo y horas extra para dar y tomar, parece que ya le tengo cogido el truco a mi puesto. Al fin y al cabo, no tengo muchas más tareas que cocinar, que es la única cosa que se me ha dado bien en mi vida. Incluso Luke parece haber empezado a respetarme y me deja tranquilo en mi cometido. Es bastante curioso que me deje tranquilo y me ponga nervioso, todo al mismo tiempo.

—¡Reed! —Hablando del rey de Roma...

—¿Sí?

—¿Podrías quedarte esta tarde un rato después de que se vayan todos? Me gustaría que probaras algunos platos en los que he estado trabajando.

—Claro, claro.

Las horas pasan lentas en el servicio. No hay demasiados clientes, pero sí los suficientes como para no poder dar por terminada la jornada antes de lo habitual. El resto de mis compañeros se van marchando poco a poco, y veo que Luke empieza a sacar ingredientes del frigorífico, cuchillos, tablas de cortar y demás utensilios. Después de horas y horas cocinando, cualquiera diría que lo último que le pueda apetecer es seguir haciéndolo, pero... lo cierto es que a mí tampoco me cansa nunca esto. Estoy acostumbrado a levantarme por las mañanas y preparar el desayuno y la comida para todos, venirme al trabajo para el servicio de mediodía, volver a casa, preparar la cena y regresar al restaurante para acabar la jornada.

—Te cuento lo que he estado pensando. Cada vez tenemos más clientes preocupados por comer sano. Y, ahora mismo, las opciones *healthy* del menú se limitan a pollo a la plancha, pescado hervido y algunas ensaladas no demasiado trabajadas. Para los vegetarianos y veganos, apenas hay un par de opciones.

—Sí, estoy de acuerdo. ¿Tienes las recetas en mente?

—No. He pensado en los ingredientes y en algunas técnicas que me gustaría probar, pero quería consultarlo contigo antes.

—¿De verdad? —le pregunto, un poco sorprendido. Bueno, *muy* sorprendido.

—Claro. ¿Por qué no iba a querer? —Apoya la cadera en la encimera de la cocina, mientras se acaricia la barba y me mira con una media sonrisa. Los

pantalones vaqueros se le bajan un poco y se vislumbra un tatuaje sobre el hueso de su cadera. Mmmmm. Interesante.

—No sé. Soy el novato aquí, ¿no?

—Eres el segundo chef de esta cocina. Eres joven, sí, pero yo también lo fui un día. Ser joven es algo que se cura con el tiempo. —Me sonrío y me permite observar unos dientes perfectos que parecen brillar en medio de su tupida barba oscura.

—Bueno, bueno... Tampoco hables como si tuvieras cincuenta años. ¿Qué tienes...? ¿Treinta?

—Intentaré olvidar que has dicho eso. Veintiocho. —Su tono es burlón y me hace pensar que, en horas de trabajo, mantiene la fachada de jefe estricto e impersonal, pero puede que no sea así en su tiempo libre. Claro que, en teoría, ahora seguimos en horas de trabajo.

—¿Ves? Más a mi favor. No hay viejos en esta cocina. —Yo también le sonrío y, no sé por qué, pero tengo la sensación de que se nos ha olvidado un poco el tema de las recetas sanas.

—Tú solo tienes veintiuno, ¿no? ¡Quién los pillara!

—Pues no te creas... Creo que yo preferiría tener veintiocho. Esta edad es un poco absurda. Ya tengo responsabilidades, pero aún no tengo dinero. Y nadie me toma demasiado en serio. Joder, si hasta hace unos meses no podía siquiera beber legalmente.

—No me tienes tú mucha pinta de haber esperado a los veintiuno para empezar a liarla.

—No. —Se me escapa una carcajada—. Más bien al contrario. Me parece que me porto bastante mejor ahora que hace cinco años.

—¿Y eso? ¿Adolescente problemático?

—Mejor ni preguntes.

—Oye... Vamos a ponernos con las recetas, ¿de acuerdo?

—Bien.

—Y, Matt... Yo sí te tomo en serio.

Me mira fijamente mientras hace ese último comentario, pero, antes de que consiga registrar por completo todo el conjunto —la mirada, sus palabras y el tono general de la conversación—, ya se ha girado hacia los fogones y está trasteando con las sartenes.

III

—Entonces, ¿qué es eso de que te gusta tu jefe? —Los lunes se da la *desgraciada* circunstancia de que tanto Camden como yo tenemos el día libre en el trabajo, así que, después de dejar a Jake en la guardería y a Lucy en el colegio, nos acercamos a Fisherman's Wharf, a perdernos entre los turistas y tomarnos unas cuantas cervezas. Sí. A las nueve y media de la mañana.

—Tu novia tiene la lengua un poco larga, ¿no?

—Podría responderte a eso con una guarrada tan grande que jamás podrías volver a mirarla a la cara.

—No. Gracias. Paso.

—A ver, joder, desembucha. ¿Te gusta o qué?

—Me gusta. Pero no tengo nada claro que sea gay, así que fin del tema.

—Espera, espera, espera. La última vez que Amanda te insistió, le dijiste que estabas seguro de que no lo era. ¿Ya no eres tan rotundo?

—No lo sé. La noche que me quedé con él hasta tarde preparando nuevas recetas...

—¿Qué? ¿Qué? —me pregunta mi hermano, que de repente parece haber mutado en una especie de adolescente de instituto.

—Joder, Cam. Intenta parecer un tío adulto durante un rato, ¿quieres?

—Sí, cierto. Paso demasiado tiempo con Amanda y con Lucy, me temo. Pero cuenta, cuenta.

—No pasó nada concreto, pero hubo miraditas, roces casuales... No sé explicártelo y ni siquiera tengo muy claro que quiera hacerlo. —Me da la risa y Camden me pasa otra cerveza del pack de seis que ha traído en la mochila. Desde el segundo día en que inauguramos la tradición de los *lunes borrachos*, los dos decidimos que las motos y el coche mejor se quedaban en casa.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Que qué voy a hacer? Nada, supongo... Es mi jefe, ni siquiera sé si es gay y no pienso mover ficha. Supongo que iré al Castro el próximo fin de semana, a ver si echo un polvo que me quite la calentura.

—Demasiada información, enano. —Cam hace una mueca de asco, yo le respondo con un puñetazo en el hombro y acabamos enzarzados en un amago de pelea en el medio del césped junto al muelle. Cuando un policía se acerca a comprobar qué es lo que está pasando, nos disculpamos repetidamente hasta

que conseguimos convencerlo de que no somos dos delincuentes peleando por una cerveza, sino... solo dos hermanos un poco imbéciles.

IV

A finales de noviembre, el frío se ha instalado ya en San Francisco. No sé cuántos inviernos tendrán que pasar antes de que me acostumbre a esto. En Arkansas, los inviernos no eran precisamente cálidos, pero al menos eran secos. Aquí ya nunca sé si tengo que salir con ropa para enfrentarme a una temperatura gélida, a un temporal de viento o al diluvio universal. Sin embargo, en cuanto entro en la cocina del restaurante, mi temperatura interior sube como cincuenta grados de golpe, más o menos. Y ojalá pudiera echarles la culpa a los fogones y los hornos.

En las últimas semanas, la actitud de Luke hacia mí ha sido un poco cambiante, y eso me tiene mosqueado. A veces juraría que está tonteando conmigo, otras veces parece ignorarme y tiene salidas de tono como el ataque de risa que le entró un día cuando me escuchó hablar con Lucy, que había venido a recogerme a la salida con Amanda, o el portazo con el que se encerró en su despacho otro día, después de oírme bromear con un par de compañeros sobre una escapada de fin de semana a Los Angeles, que me resultó bastante productiva desde el punto de vista sexual. Así que la situación, en estos momentos, es que no sé si es gay, hetero, homófobo o, simplemente, gilipollas.

Después de un servicio bastante brillante, en el que hasta tres clientes se empeñaron en que Luke saliera a saludarlos para darle la enhorabuena en persona, todos empezamos a recoger nuestras cosas. La jornada ha sido larga y, aunque sé que ya no llegaré a tiempo para darle las buenas noches a Lucy, no veo el momento de llegar a casa.

Estoy metiendo la llave en el candado de mi moto, cuando escucho el sonido del rasgar de un mechero a mi espalda.

—¿Te apetece tomar una cerveza? —Me giro al oír la voz de Luke y me lo encuentro apoyado en la pared del callejón, con un pie sobre el muro de ladrillo y una nube de humo envolviendo su cara.

—No sabía... no sabía que fumaras. —Joder con el puto Luke. Me hace tartamudear. A mí, que he sido el tío más chulo y más seguro de sí mismo de todo el puto mundo.

—De vez en cuando. ¿Te apuntas a esa cerveza? Tengo un día un poco regular y no me apetece beber solo.

—Claro. ¿A dónde vamos?

—Sígueme. Hay un buen bar unas calles más abajo. Y es seguro dejar las motos allí esta noche, dado que presiento que no vamos a tomar solo una.

Hago lo que me ha dicho y aparco de nuevo a un par de manzanas del hotel, aún un poco alucinado por el rumbo que ha tomado la noche. Le mando un mensaje rápido a Cam para avisarlo de que no sé a qué hora llegaré a casa, y sigo a Luke al bar que ha elegido. Es un local un poco hortera, de esos que imitan a las tabernas irlandesas, pero al menos tiene pinta de que la cerveza será buena.

—Esto... —Luke titubea un poco al mirarme. Creo que es la primera vez en los meses que hace que lo conozco que veo que pierde esa firmeza que parece dirigir todos sus actos. Claro que también es la primera vez que lo veo fuera del entorno laboral—. Siento haberte abordado así. No sé qué me ha pasado.

—Tranquilo. No me has obligado a hacer doscientas flexiones. Tomar cerveza es un sacrificio que puedo soportar bastante bien. —Y, entonces, me doy cuenta. En el momento en que lo he visto a él dudar, ha sido cuando yo me he crecido. Y, por crecerme, no me refiero a la erección que amenaza con aparecer en el momento en que se saca la cazadora de cuero y deja a la vista dos brazos torneados a cincel. Joder, que me explique el truco, que Camden y yo nos pasamos las horas muertas haciendo ejercicio y jamás hemos conseguido ese resultado. Lo que decía... Que me crezco un poco en esa actitud de gallito flirteante que saco siempre que fijo los ojos en alguien. Esa actitud que jamás he sido capaz de mantener delante de él.

—Ya, bueno. Gracias, en cualquier caso —me responde, haciendo un brindis al aire con su cerveza.

—¿Algo que contar?

—Es un mal día. Una mala fecha. No me apetece hablar de ello.

—Está bien. —Continuamos bebiendo en silencio durante un rato, hasta que él decide romperlo.

—¿No vas a insistir?

—¿Para que me cuentes por qué es un mal día? No.

—¿Por qué?

—Porque la última vez que me miré la entrepierna, tenía pene. Somos tíos, mensajes sencillos. ¿No quieres hablar? No hablamos. Me gusta lo simple.

—Hoy hace cinco años que llegué a San Francisco —confiesa, porque, al parecer, no somos tan simples, y ahora le ha entrado la prisa por contarme lo que le pasa.

—¿Y eso no es una buena noticia?

—A la larga, sí, lo ha sido. Pero llegué bastante hecho una mierda.

—¿Mal de amores? —me atrevo a preguntarle, aunque solo sea por tantear un poco el terreno.

—Bastante... —Se calla durante un rato, se acaba su cerveza y aprovecha para pedir otras dos—. No tengo ni puta idea de por qué te estoy contando esto.

—Pues será porque lo necesitas, tío. Tampoco le des más drama del que tiene.

—Crecí en el sur, en Nueva Orleans. Familia tradicional y todas esas cosas tan... del sur. A los dieciocho me enamoré como un imbécil de alguien y estuvimos juntos cinco años. Cuando se acabó... ya no tenía sentido que me quedara allí. Mi familia me había repudiado y él...

—¿Él?

—Sí, él. ¿No sabías que era gay?

—¿Cómo iba a saberlo? No llevamos un reflectante en la frente para comunicarnos entre nosotros, ¿no?

—Así que tú también lo eres...

—Sí. —Ahogo una carcajada porque, joder, ¡es gay! Bastante mérito tengo que solo me da la risa, cuando lo que de verdad me apetece es subirme a la mesa, hacer un bailecito y, luego, ya si eso, abalanzarme sobre él.

—¿Y la chica que siempre viene a recogerte? ¿Y la niña pequeña?

—Para el carro, bonito. Primero, tu historia. Después, la mía.

—Mi familia quería un hijo abogado y heterosexual y les salió cocinero y marica. Lo de la profesión lo sobrellevaron a duras penas; cuando salí del armario, me echaron de casa. Me acogió Robert, uno de los jefes de cocina del restaurante donde hacía de pinche. Yo, por aquel entonces, estaba estudiando y me ganaba algún dinero trabajando por horas. Abreviando mucho el resumen, me enamoré como un gilipollas. Él nunca me engañó, me dejó muy claro que era bisexual y que no creía en la monogamia. Me enseñó tanto sobre sexo que creo que podría escribir un manual. Pero fue solo eso. Se acostó con medio Nueva Orleans mientras estábamos *juntos*, y se suponía que yo podía hacer lo mismo, solo que... no podía. Al final, no aguanté más y me largué de la ciudad. Tu turno.

—La chica que viene a recogerme al restaurante es Amanda, la mujer de mi hermano mayor. La niña es mi hermana pequeña. Fin de la historia.

—¿No hay más? Vaya... Eso sí que es hacer un resumen corto.

—Es que... —Me acerco a él, decido jugármela y bajo la voz hasta convertirla casi en un susurro—... desde el momento en que has dicho que sabes tanto sobre sexo que podrías escribir un manual, lo único en lo que puedo pensar es en largarme de aquí cuanto antes y follarte hasta que se te

quite la arrogancia.

V

Entramos en su apartamento hechos un manojo de lenguas y manos. Cuando me he percatado del *detalle* de que el piso de Luke está a apenas dos portales del bar donde hemos estado bebiendo, se me ha pasado por la cabeza la idea de que quizá toda la noche de hoy ha sido una especie de juego de seducción y que yo he caído en la trampa como un gilipollas. Pero, vaya, si el castigo es tener a un tío de casi dos metros empujándome con brusquedad contra la pared del recibidor de su casa... vamos a darlo por bien empleado.

Nuestros pantalones vaqueros se funden sobre la alfombra gris del recibidor, junto a las cazadoras de cuero que han volado en cuanto se ha abierto la puerta. La lengua de Luke juega con la mía, su *piercing* se clava en mi labio y nuestras piernas se entrelazan hasta que las erecciones de ambos están tan juntas que un simple movimiento podría desencadenar el final. Pero no. No son esos los planes que tenemos para esta noche, al parecer.

Luke cae de rodillas delante de mí, y yo echo la cabeza hacia atrás hasta que toca la pared. Cierro los ojos y no puedo evitar que se me dibuje una sonrisa en el momento en que él empuja mis bóxer hacia abajo con fuerza. Me cruza el pensamiento la idea de que soy un cabrón con suerte. Claro que todo pensamiento se evapora cuando los labios de Luke se cierran sobre mi erección. Disfruto de sus movimientos una vez, dos, tres... hasta que no puedo aguantar más y abro los ojos. El espectáculo merece que le dedique todos los sentidos. Lo veo mirar hacia arriba con los ojos algo turbios; lo escucho jadear mientras se esfuerza en darme placer; enredo las manos en su pelo largo y me parece sentir también el placer en mis dedos; huelo el sexo en el ambiente y saboreo los besos de antes, pasándome la lengua por los labios.

La noche será larga y algo me dice que también intensa. Pero, ahora, en este preciso instante, lo único que puedo hacer es correrme en su boca con una fuerza que nos sorprende a los dos. Se me escapan unos gemidos largos, casi torturados, al tiempo que bombeo una vez, y otra, y otra más, hasta que las rodillas amenazan con fallarme y él me mira, aún desde el suelo, sentado sobre sus talones.

—¿Vamos a la cama?

Efectivamente, la noche no ha hecho más que empezar.

VI

Despierto unas cuantas horas después, con una sensación parecida a la resaca, aunque no tardo en recordar que anoche apenas bebí dos cervezas y que el motivo por el que he dormido poco está sentado a medio metro de mí, con un café en la mano, una media sonrisa en los labios y... nada de ropa encima.

—Buenos días —le digo, mientras se me pasa por la cabeza que quizá acostarme con mi jefe no haya sido la idea más brillante de mi vida.

—Buenos días. —El amago de remordimiento no me dura más de un segundo, el tiempo exacto que tarda Luke en sonreírme. Se despereza en el sillón de cuero de su dormitorio, cruza las manos detrás de su nuca y apoya los pies descalzos en el borde de la cama, a pocos metros de donde empieza a despertar también otra parte de mi cuerpo, que no ha necesitado café precisamente. Por lo que se ve, el ego de Luke se encuentra en perfecto estado esta mañana.

—Esto... Emmmm... Lo que ha pasado... —Tal vez debería haber pensado un poco en lo que quería decirle antes de lanzarme a hablar, pero los silencios incómodos no son lo mío.

—¿Sí? —me pregunta, alzando una ceja con un deje burlón.

—En realidad, ¿cuánto tiempo llevabas planeándolo?

—Más o menos desde el día en que me enteré de que eras gay.

—No habrías tenido que trabajártelo tanto.

—¿Tanto? Te invité a dos cervezas.

—¿Me estás llamando fácil? —finjo ofenderme.

—Para nada. —Se encoge de hombros al tiempo que se le escapa una carcajada—. Bonito tatuaje.

—¿Este? —Me paso las manos por las siluetas de los siete pájaros que Cam me tatuó en la parte baja del estómago el mismo día que ganamos el juicio por la custodia de Lucy. Fue nuestra particular manera de celebrarlo—. Tiene ya algunos años.

—Has sido precoz en todo, ¿eh?

—Bueno, más o menos... Ese es bastante bueno. —Me acomodo sobre el respaldo acolchado de su cama y señalo con el dedo un tatuaje que sube desde su cadera derecha por todo el costado de su cuerpo.

—¿Sabes de tatuajes?

—Bastante. Mi hermano es tatuador. De los mejores.

—¿Tienes dos hermanos, entonces?

—*Sip*. Camden me lleva ocho años, y a Lucy le llevo yo catorce.

—¿Vives con ellos?

—Sí. Y con Amanda, que es la novia de Camden, y Jake, su bebé de un año.

—No tendrás tiempo para aburrirte...

—No, créeme. —Se me escapa una carcajada—. Entre vida familiar y explotación laboral, me queda poco tiempo para cualquier otra cosa.

—¿Explotación laboral? —Por un momento, se pone serio, y temo haber metido la pata, pero enseguida se acerca a la cama con unos movimientos felinos que juro que me hacen la boca agua—. ¿Crees que te exploto?

—Mmmmm... —Emito un sonido a medio camino entre asentimiento y gemido, porque mi cerebro ha desconectado sus capacidades funcionales en el momento en que Luke se ha levantado, en todo su desnudo esplendor, y se ha acercado a la cama.

Si había más palabras en la conversación, se pierden por el camino. Las sábanas se enredan a nuestras piernas e iniciamos un asalto sexual que se prolonga hasta bien entrada la tarde.

Después de una última recaída en la ducha, al fin reúno el valor suficiente para marcharme. Aunque no saciado. Tengo serias dudas de que algún día llegue a saciarme de Luke, en realidad.

Cuando entro en casa, milagrosamente, reina el silencio. Lucy aún tardará un par de horas en volver del colegio, Camden está trabajando y Amanda debe de haber ido a dar un paseo con Jake. Salgo al jardín con una cerveza en la mano y una sonrisa que no consigo que se me borre de la cara por lo ocurrido en las últimas horas. Rescato un cigarrillo de un paquete que guardo fuera de la vista de los niños —bueno, y también de Amanda—, en un hueco de la valla del jardín.

—Que no se te vaya a pasar por la cabeza encender esa mierda, Matthew. — La voz de Amanda me sobresalta desde la puerta acristalada del jardín. Lleva en brazos a Jake, que duerme tranquilo con el pulgar metido en la boca.

—Qué mandona eres, joder —protesto, mientras pongo los ojos en blanco, aunque me acerco a darles un beso a ella y al enano—. Estoy en el jardín, y Lucy no está cerca. Dame una tregua.

—Al fondo del jardín. —Señala con el dedo el lugar al que me ha proscrito y se da media vuelta—. Voy a acostar a Jake. Cuando vuelva, quiero saberlo todo.

—¿Saber qué? —le grito. Antes de que me dé cuenta, ya está de vuelta, y

con una mirada penetrante que acojona—. ¿Qué?

—Al fondo —me repite, mientras señala la valla, desde la que casi se puede tocar el océano. Me resigno y enciendo mi cigarrillo, al fin, mientras ella empieza a reírse—. Así que te has acostado con tu jefe.

—¿Disculpa?

—No has venido a dormir.

—¿Y eso tiene que significar que me he acostado con alguien? ¿Y, más en concreto, con mi jefe?

—Él tiene barba, tú tienes la piel sensible y te está empezando a salir un sarpullido en el cuello.

—Qué gran detective se ha perdido el FBI.

—O sea, que he acertado. Te lo has tirado.

—Bastante.

—¿He acertado bastante o te lo has tirado bastante?

—Ambas.

—Bien hecho, hermano. —Se acerca a chocar las cinco conmigo—. ¿Te acercas tú al colegio a recoger a Lucy? Así no tengo que volver a cargar a Jake en el coche.

—¿Las llaves están en la entrada?

—Donde siempre.

Asiento y me despido de ella con la mano. El tráfico a esta hora está imposible, y el trayecto entre la casa flotante de Sausalito y el colegio, aunque es corto, se me hace interminable. Lucy salta al asiento trasero y se asegura en su silla infantil, antes siquiera de que me dé tiempo a bajarla a ayudarla.

—¿No me vas a dar ni un beso? —protesto, mientras la observo, concentrada en el cinturón de seguridad, a través del retrovisor del coche de Amanda.

—Luego.

—Luego... —refunfuño—. ¿Te has portado bien en clase?

—Ajá.

—¿Te pasa algo, Lux? —Frunzo un poco el ceño mientras la miro de nuevo por el retrovisor.

—¿Por qué no dormiste en casa anoche?

—Emmmm. —Joder con la preguntita. No recuerdo la última vez que me quedé a dormir en casa de un rollo de una noche. Vamos, es que creo que nunca lo he hecho. Mi especialidad es la huida postcoital—. Me quedé a dormir en casa de un amigo.

—¿De tu novio?

—¿Eh? —Me parece todo un milagro ser capaz de emitir un sonido y,

sobre todo, no estrellar el coche contra la primera farola disponible después del comentario de mi hermana.

—Amanda me explicó que a algunos chicos les gustan las chicas y que a otros chicos les gustan los chicos y que a algunas chicas les gustan las chicas y que a otras chicas les gustan los chicos. O algo así, ¿no?

—Sí. —Se me escapa una carcajada—. Exactamente así, enana.

—Y a ti te gustan los chicos.

—Sí, a mí me gustan los chicos.

No puedo evitar que me dé un pequeño vuelco la tripa al decirlo. Hubo un tiempo en que la simple idea de que yo pronunciara esa frase era tan inimaginable que me habría peleado a puñetazos con cualquiera que se atreviera a sugerirlo. Tuvo que ser Amanda, cuando éramos los dos unos críos y ella acababa de aparecer en la vida de mi hermano, quien se diera cuenta por primera vez. Sin ella, y sin Camden, quizá yo seguiría encerrado en un armario opresivo y espantoso. Sin ellos, en realidad, probablemente yo seguiría siendo el imbécil que se peleaba para no pensar, que se emborrachaba para no sentir y que se rebelaba contra todo aquello que me había destrozado la vida, cuando aún no tenía edad ni para empezar a vivirla.

—Me parece bien. —La voz de mi hermana me saca de los recuerdos duros. Es algo que ella siempre consiguió—. Los chicos son mucho más guapos que las chicas.

—En eso estoy cien por cien de acuerdo contigo.

Bajamos del coche riéndonos, haciendo una carrera desde el lugar donde lo aparco hasta la puerta de casa. Dentro nos espera ya Camden, que se lleva a Lucy en brazos a la cocina, donde Amanda se pelea con Jake para que se coma su papilla. Mi hermano me echa una mirada burlona y sé que, cuando los niños se duerman, me va a tocar el segundo turno de interrogatorio sobre la noche pasada. Me acerco al frigorífico para ver qué puedo aprovechar para hacer una cena rápida. Empiezo a cortar unas verduras, mientras capto retazos de la conversación sin demasiado sentido de Lucy, sonidos que salen de la boca de Jake y que solo su madre es capaz de interpretar y susurros cariñosos de Cam a Amanda. Niego con la cabeza con una sonrisa en la boca porque, por muy perfecta que fuera la noche pasada con Luke —que lo fue—, nada en el mundo supera esto. Estar con ellos. En familia. En casa.

VII

Con el comienzo del nuevo año, los turnos en el restaurante se reorganizan y Luke y yo tenemos más tiempo para estar juntos fuera del trabajo. Cuando me quiero dar cuenta, hace ya dos meses y medio que duermo en su apartamento todas las noches de los días que libramos ambos. Y alguna que otra en que no podemos aguantarnos, le robamos horas al sueño y aparecemos al día siguiente con unas ojeras que, si no nos delatan, será porque nuestros compañeros de faena no quieren darse cuenta de lo que hay.

Lo que hay... Ni siquiera yo lo sé. Luke me gusta. Joder, me gusta muchísimo. Pero no quiero nada serio. Tengo veintiún años y he conseguido mi sueño, que es muy diferente de los sueños de la mayoría de la gente. Yo no aspiro, ni he aspirado nunca, a viajar por el mundo, ganar montañas de dinero o una medalla olímpica. Lo único que he deseado siempre es tener una casa a la que volver a la que pueda llamar hogar y una familia en la que sentirme respetado y protegido. De hecho, durante demasiados años, ni siquiera me atreví a desearlo, de tan imposible que me parecía que llegara a ocurrir algún día.

—¿Por qué no vuelves a la cama? —me susurra Luke al oído, sus manos perdidas ya más allá de mi cintura. Me he despertado temprano, en su casa, y me he levantado a preparar café.

—Porque no tengo más sueño —le respondo, aunque sé que no es dormir lo que tiene en mente.

—Mmmmm... qué lástima.

El mediodía nos sorprende todavía desnudos en su sofá. Yo estoy recostado contra la esquinera, y Luke se tumba con la cabeza apoyada sobre mis muslos. Suena una música a medio camino entre rock y folk en el equipo de sonido del salón, a un volumen muy bajito. Llevamos casi desde el amanecer alternando conversaciones y silencios y... bueno, también un par de asaltos sexuales. Uno rápido y duro, otro lento y tierno.

Luke me ha hablado de su familia, y me ha sorprendido escucharlo decir que no los echa de menos. Que hace mucho tiempo que asumió que en su vida no habría nadie que no lo aceptara tal cual es, fuera un desconocido o sus propios padres. Yo le hablo de cómo fue mi salida del armario en casa, y él me recuerda lo afortunado que soy. Nos contamos pequeños detalles, anécdotas

que nos hacen reír e historias que hacen que nos conozcamos mejor.

—¿Qué te ocurrió? —me pregunta, mientras repasa con su dedo una de las marcas de mi pierna derecha.

—¿Cuándo? —le respondo, haciéndome el tonto, aunque sé perfectamente a qué se refiere.

—Esto. —Se gira hasta quedar boca abajo sobre el sofá y posa sus labios en mi rodilla, en la que, aun cubiertas por el vello oscuro de mis piernas, se distinguen varias cicatrices. Hubo un tiempo en que pensé en pedirle a Cam que las tapara con algún diseño, pero llevaba ya demasiados años conviviendo con ellas y sentía que eran una parte de mí que no quería ocultar.

—Digamos que hubo un tiempo en que mi vida no era tan fácil como ahora. —Luke alarga la mano hacia el cajón donde guarda siempre un paquete de tabaco de reserva. Enciende un cigarrillo y me lo pasa—. ¿Sabes? Se supone que dejé esto hace un par de años.

—Te gano. Yo lo dejé hace cinco. No es un buen vicio para alguien que vive de reconocer sabores y aromas.

—Pues lo disimulamos bastante bien. —Nos reímos, se lo vuelvo a pasar a él y me quedo un poco hipnotizado viendo su cara entre el humo, mientras me mira y sacude la cabeza para apartar algunos mechones de pelo de sus ojos. Se me escapa un suspiro al darme cuenta de que no quiero ocultarle a Luke ningún episodio de mi pasado, por muy apestoso que sea—. Fue mi padre.

—¿Perdona? —En su cara se distingue la expresión de quien no quiere creer lo que está a punto de escuchar.

—Mi padre. Él... me pegaba cuando era niño. Mucho. Un día, se le fue la mano más aun de lo habitual y... me tiró por la ventana.

—¿Pero qué dices? —Luke se mueve, nervioso, pero poso una mano sobre su pecho para que no se altere, para que no rompa el momento o no sé si seré capaz de retomar la conversación.

—Supongo que hacen falta muchos años para asimilar que tu padre haya intentado matarte, pero... sí, eso es lo que creo que pretendía. Le faltó muy poco para conseguirlo. Cam me contó, años después, que los médicos le habían dicho que, dentro de lo malo, había tenido mucha suerte. Si hubiera caído de cabeza, habría muerto en el acto. Y si hubiera caído de espaldas, en caso de sobrevivir, posiblemente estaría en una silla de ruedas de por vida. Supongo que soy la prueba viviente de que caer de pie es tener suerte.

—¿Qué te pasó?

—Me rompí las dos piernas. La derecha mucho peor que la izquierda. Los médicos estaban seguros de que la iba a perder. Luego, de que no iba a volver a caminar. Estuve un año en el hospital, otro yendo a diario a rehabilitación y,

luego, más o menos volví a la normalidad. Me sigue doliendo de vez en cuando y cojearé toda mi vida, pero...

—¿Y dónde está ese hijo de puta?

—¿Mi padre?

—No sé ni cómo puedes llamarle así.

—Ya... Está en la cárcel. Le quedan más de quince años de condena por delante. Solo espero que se muera antes de salir. Si algún día volvemos a cruzarnos, dudo mucho que Camden no lo mate. Ya estuvo a punto de hacerlo el día en que ocurrió todo.

—¿Y tu madre?

—Mi madre murió en un incendio algunos años después. Tenía un imán para cualquier desecho humano que se ofreciera a ser su marido. Así nos fue la vida. Al menos, el último hizo algo bien. A Lucy —le aclaro, cuando veo su cara de incompreensión.

—No te ofendas por lo que voy a decir, pero tengo la sensación de que salisteis bastante bien para haber pasado por todo ese infierno de niños.

—Eso... —Me encojo de hombros, porque esta conversación se me ha ido un poco de las manos en cuanto a intimidad, y de repente preferiría estar hablando de cualquier otra cosa—. Eso es todo mérito de Camden. Él ha sido el padre de Lucy y el mío. Se lo debo todo. Absolutamente todo.

—¿Y Amanda?

—Amanda es fantástica. —Corto la charla, me incorporo y miro mi reloj—. ¿Sabes? Debería marcharme a mi casa.

—¿Ya? ¿No es un poco pronto?

—Quiero estar un rato con Lucy. Está un poco celosa de que pase tantas noches aquí.

—Vaya. Debe de odiarme.

—No, tranquilo. No sabe que existes.

Me doy cuenta un poco demasiado tarde de que esa respuesta es de lo más borde que ha salido por mi boca en la vida. Y mira que hay dónde elegir. Pero, cuando lo pienso de verdad, estoy ya vestido, cogiendo las llaves de mi moto, que está aparcada frente al edificio de apartamentos de Luke, y lo dejo correr.

—Nos vemos mañana en el restaurante, entonces —me dice, con una mueca que me da la sensación de que se debe a algo más que mi desafortunado último comentario.

—*Yep*. Hasta mañana.

Llego a casa empapado porque, tras un par de días de un radiante sol de invierno, las nubes han decidido descargar toda su fuerza en el trayecto de apenas veinte minutos entre la casa de Luke y la mía.

Cuando entro en el salón, Lucy corre a abrazarme y yo me distraigo un momento achuchándola un poco más de la cuenta. Cada día me cuesta más entender cómo pude sobrevivir al año que vivió en Seattle, cuando solo podía verla un día al mes. Amanda y Camden están sentados, como siempre en las últimas semanas, en la mesa del comedor, rodeados de planos y hojas de Excel.

—¿No salen las cuentas, chicos? —les pregunto, mientras le robo a Camden la cerveza que estaba bebiendo.

—Bueno... Más o menos. —Camden se pasa la mano por el pelo y por la cara—. La mudanza va a ser un follón increíble.

Hace un par de semanas, Amanda logró al fin salirse con la suya y comprar la casa de sus sueños en Alamo Square. A Cam y a mí nos parecía una locura, un gasto enorme y hasta un poco excéntrico, pero a la rubia se le metió en la cabeza vivir allí y... nosotros no tardamos demasiado en ilusionarnos como imbéciles con la idea de mudarnos.

—Queríamos hablar contigo sobre eso, por cierto. —Amanda da un par de palmadas en la silla de al lado de la suya.

—¿Qué pasa? ¿Me vais a echar una bronca?

—¡Noooo! No seas idiota. Queremos comentarte algo sobre la casa.

—¿Ya no me vas a dejar vivir allí, rubia?

—Sí, claro que te voy a dejar. Lo que no sabemos es si tú querrás.

—¿Yo? ¿Y por qué no iba a querer yo vivir allí? —Me revuelvo un poco enfadado, porque hay cosas que van en el ADN, y la sensación de que mi familia no me quiera en casa me despierta un terror que creía tener superado. Lucy me echa una mirada de reojo y la convengo de que vaya a vigilar a Jake, con la promesa de ir luego a verla.

—Tienes casi veintidós años, Matt. Y una relación. Hemos pensado que quizá preferirías tener intimidad en otro lugar.

—¿Una relación? ¿Quién ha dicho que tengo una relación? —Me levanto de la silla un poco sobresaltado, porque me da la sensación de que Amanda ya se está visualizando con una pamea y un vestido de dama de honor.

—Hace... ¿qué? ¿Cuatro meses? Hace cuatro meses que estás saliendo con Luke.

—Hace tres. Y no estamos saliendo. —Me vuelvo a sentar, porque Amanda me está traspasando con la mirada y no me apetece discutir.

—Vale, como tú quieras llamarlo. El caso es que, si la cosa va a más, puede que dentro de pocos meses estés pensando en mudarte. ¿No es un poco absurdo montar el apartamento en la buhardilla si acabas marchándote casi antes de estrenarlo?

—El acondicionamiento de la buhardilla lo voy a pagar yo. —Me levanto,

enfadado, aunque ni siquiera sé muy bien por qué. Si por sentir que sobro en esta casa o por el hecho de que ni yo mismo tengo claro hacia dónde va mi historia con Luke. Supongo que nunca me he deshecho del todo de mi carácter desafiante, así que enciendo un pitillo en la mesa, pero Camden me lanza tal mirada que abro la puerta del jardín y me apoyo en el marco.

—¿Tú eres gilipollas o qué te pasa? ¿Crees que me importa una mierda quién pague cada cosa, Matt? ¿De verdad?

—¡No lo sé! —Me revuelvo el pelo en un gesto nervioso y decido bajar un poco el tono de la conversación—. Vale, vamos a calmarnos. ¿Qué intentáis decirme? ¿Preferiríais que no me mudara con vosotros? Porque, si es así, por favor, hablad claro.

—Matt... —Amanda se levanta y se apoya en la pared a mi lado—. Claro que queremos que te vengas. Por nosotros, podríamos vivir todos juntos de por vida.

—Entre otras cosas, porque así no tendríamos que cocinar jamás —añade Cam, guiñándome un ojo. Parece que la tensión ha volado tan rápido como llegó.

—Solo te lo decimos para que pienses qué quieres de tu relación con Luke y...

—¡Yo no tengo una relación con Luke!

—Dios... Qué cabezón puedes llegar a ser, Matthew. —Amanda pone los ojos en blanco—. Lo que sea. Solo queríamos que lo pensaras.

—Eso —añade Cam—. No queremos que te sientas obligado a venirte con nosotros.

—¿Obligado? —Se me escapa una carcajada sorda—. Claro que me mudaré con vosotros. No pienso pagarme un alquiler cuando puedo vivir en la casa que me ha comprado la rubia.

Amanda me da un puñetazo en el hombro, y yo la inmovilizo con una llave para acabar dándole un beso en el pelo. Camden se une para rescatar a su novia y me da una palmada en la espalda.

—Me voy a ver a la enana. Nos vemos mañana.

Subo al cuarto de Camden y Amanda y me encuentro a Lucy dormida sobre la cama de matrimonio con una mano entre los barrotes de la cuna de Jake, que también duerme tranquilo. La cojo en brazos para llevarla a su habitación y aprieta los brazos alrededor de mi cuello. Ya tiene siete años, pero sigue teniendo ese olor a bebé que hace que se me olviden todos los problemas en cuanto la tengo cerca. Cuando la dejo en su cama, me tomo un momento para arroparla y me pregunto cómo se han podido plantear Camden y Amanda que renunciar a esto sea una opción.

VIII

Febrero nos sorprende con la noticia de que la dirección del hotel ha decidido aceptar las reformas en la cocina del restaurante que Luke lleva más de un año pidiendo. La verdad es que, para el nivel del hotel y la locura de instalaciones que tiene, la cocina estaba llena de carencias. De repente, nos encontramos con dos semanas de vacaciones por delante, y Luke y yo tenemos bastante claro a qué dedicar las primeras horas de libertad.

Pasamos encerrados en su casa tantas horas que, al cabo de día y medio, no me puedo ni mover. Literalmente. El sol me sorprende entrando a raudales por la ventana de su dormitorio y soy incapaz de calcular si es media mañana o media tarde o qué. Luke aparece con un plato con un par de sándwiches, desnudo de pies a cabeza, porque, al parecer, hemos declarado estos días de vacaciones como la semana oficial del nudismo.

—Me has dejado agotado —le confieso—. Tengo una tentación enorme de no moverme de esta cama hasta que tengamos que volver al trabajo.

—Me parece que, si hacemos eso, vamos a necesitar otras vacaciones extra para recuperarnos.

—Sin duda —le respondo, mientras lo acerco a mí y le doy un beso en el que me dejo el alma. Porque eso es lo que me está pasando con Luke, que se está llevando una parte de mí que no tengo muy claro que quiera compartir con nadie. Pero que me maten si sé cómo evitarlo.

—¿Te apetece que hagamos algo estos días?

—¿Algo como qué?

—No sé. Podríamos coger las motos e irnos por ahí. Llegar a Los Angeles o a donde nos apetezca.

—Sí que iba a llegar muy lejos yo en mi *scooter* de mierda.

—Pero tu hermano tiene una Harley, ¿no?

—Sí, pero no tengo muy claro que me la fuera a dejar —le respondo, aunque estoy casi seguro de que sí lo haría.

—Bueno, podemos ir los dos en la mía. O alquilar un coche. ¡Qué cojones! Podemos buscar un vuelo e irnos a Nueva York.

—Te estás viniendo un poco arriba, ¿no? —le digo, entre risas.

—Alguien tiene que hacerlo. ¿Qué pasa? ¿No te apetece?

—Sí, sí... —Dudo un poco—. Cómo no me va a apeteecer, si no he viajado

nada. Solo conozco esto, Los Angeles, Seattle y el puto agujero de Arkansas donde me crié.

—Bueno, pues mañana decidimos, ¿te parece?

—Déjame que lo piense y te digo algo. —Miro el reloj de la mesilla de Luke y me obligo a vencer la pereza—. Mierda. Me tengo que ir. Lucy sale en media hora del colegio.

—Mmmmm... —Luke remolonea detrás de mí, su lengua en mi cuello, y yo me dejo hacer hasta que me tengo que apartar o llegaré tarde—. Cada día me cuesta más separarme de ti.

Respondo a su susurro con un último beso, porque soy un cobarde y no me atrevo a abrirme como él lo hace. Claro que a mí también me cuesta separarme de él, pero todavía no me siento preparado para todas las implicaciones de decirlo en voz alta.

Después de recoger a Lucy en el colegio y preparar una merienda rápida para los dos, decido ser un poco indulgente con sus deberes y obligaciones y aprovechar que hace una tarde de sol insólita para el invierno y que tengo todo el tiempo libre del mundo por delante. Cogemos las bicis y nos damos una vuelta por Sausalito, casi en una especie de despedida del que ha sido nuestro barrio los últimos tres años. En poco más de un mes nos mudaremos ya a la casa nueva, y pocas oportunidades más tendremos de disfrutar del aire libre a este lado de la bahía. Es cierto que movernos por aquí, llevar a Lucy al colegio y a Jake a la guardería, que Amanda vaya a la universidad, Camden al estudio y yo al hotel se convierte en una pesadilla de tráfico, transportes públicos y demás, pero vamos a echar de menos la tranquilidad y el aire libre de esta zona.

Ya de vuelta a casa, Lucy y yo, como siempre, acabamos nuestro paseo con un *sprint* hacia el garaje. Dejamos las bicis tiradas de cualquier manera y entro con ella cargada como un saco de patatas sobre mi hombro.

—¿Se puede saber dónde estabais? —me pregunta Camden en cuanto cierro la puerta.

—Hemos ido a dar una vuelta en bici.

—¿Pero tú has visto qué hora es? Lucy debería haber cenado hace ya un rato.

—Matt me hizo un sándwich antes. —Lucy sale en mi defensa y le hace un mohín rebelde a Camden que... Dios, me la comería.

—Perdona, Cam, se nos fue un poco la hora.

—Un poco, no. Bastante. ¿Has hecho los deberes, enana?

—Emmmm. —Lucy titubea un poco, y Camden pone los ojos en blanco.

—Matt, tío... Primer día de vacaciones y ya has convertido la casa en la

anarquía.

—Mentira. Llevo tres días de vacaciones, así que no te pases.

—Sí, pero los dos anteriores te los has debido de pasar sembrando el caos en otras partes, ¿no? —Me saca la lengua, mientras se lleva a Lucy al salón junto a Amanda y Jake.

Mi cerebro reconecta con Luke y decido sentarme delante del portátil a pensar opciones de viaje. Me ilusiona la idea de salir de San Francisco unos días, y ver algo de todo ese mundo exterior que jamás pensé que tendría la oportunidad de conocer.

Me encierro en mi cuarto, recostado contra el cabecero de la cama, con el portátil sobre las rodillas, y abro unas quince páginas de agencias de viajes *online*. No tengo ni idea de por dónde empezar, y tampoco quiero gastar demasiado dinero, porque no bromeaba cuando les dije a Camden y Amanda que quiero pagar yo la reforma de la buhardilla de la casa de Alamo Square.

—¿Qué haces? —Lucy entra en el dormitorio y se hace un hueco junto a mí en la cama.

—Nada, mirar unas cosas. —Veo que sus ojos se abren como platos y no tardo en darme cuenta de que han aterrizado en la página que tengo abierta en ese momento: un anuncio increíblemente estridente de un viaje a Disneyland.

—¿¡Vamos a ir a Disney?! —En una fracción de segundo, se ha puesto tan eléctrica que podría iluminar California ella sola.

—No, Lucy, cariño... —La achucho contra mí un poco y me duele el alma de saber que la voy a decepcionar—. Me voy a ir unos días de viaje.

—¿A Disneyland?

—No, cielo. Aún no sé a dónde.

—Pero, ¿me vas a llevar?

—Lucy... No puedo. Es un viaje de mayores.

—¿De novios?

—De novios, sí.

—¿Y cuándo me vas a llevar a mí a algún sitio? —Me mira desde abajo, con los ojos como platos y un poco húmedos de lágrimas.

—A ver, ¿a dónde quieres ir?

—Ahí. —Señala la pantalla con su dedo, y es en ese preciso instante cuando se me cruza un cable y tomo una decisión impulsiva. Vamos, como el noventa por ciento de las que he tomado en mi vida.

—¿Tú crees que conseguiremos convencer a Camden y Amanda de que te dejen faltar un par de días al colegio?

—Si lo conseguimos, ¿¿me llevarás?! —

—Aaaaay... —Me resigno al hecho de que siempre consigue convencerme

de cualquier cosa y, lo que es peor, de que he vuelto a ponerla por encima de Luke—. Sí, claro que sí.

—Habla tú con Amanda, de Cam me encargo yo. —Salta de la cama y la oigo bajar las escaleras corriendo. Me da la risa al darme cuenta de que conoce a la perfección la estrategia para salirse con la suya. A nadie se le escapa que Amanda y yo tenemos bastante debilidad mutua y que Lucy tiene a Camden comiendo en su mano.

Dos horas después, y tras un millón de advertencias para que nos portemos bien, no hagamos barbaridades y demás, tenemos el permiso de Camden para irnos cinco días a Los Angeles. Y los billetes reservados.

Ahora solo me queda un paso más. El más complicado. Decirle a Luke que, sin informarlo siquiera, he cambiado *nuestro* viaje por un plan fantástico, pero que no lo incluye.

Un par de días más tarde, me planto en la puerta de su casa con una caja gigante de donuts y una mueca de disculpa pintada en la cara. He estado dándole largas en mensajes y llamadas, y él no es gilipollas. De hecho, creo que me decepcionaría si no estuviera cabreado conmigo.

—Pasa. —Me abre la puerta con cara larga y se adentra en su apartamento sin saludarme siquiera.

—He traído donuts. —Es lo único que se me ocurre decirle, y tardo una milésima de segundo en sentirme gilipollas. Por la frase y por mi actitud cobarde de estos días.

—Vamos, que me puedo ir olvidando del viaje, ¿no? —Me responde muy serio, mientras me pasa una taza de café con leche y dos cucharadas de azúcar, justo como me gusta. Ese simple detalle me hace sonreír, aunque cambio rápidamente el gesto al ver que Luke no tiene ni sombra de humor en su cara.

—Me vas a matar. Yo...

—¿Tú...?

—He decidido irme con mi hermana unos días a Disneyland.

—¿Que has hecho qué? —Ahora ya no me mira con enfado, sino que se lee la incredulidad en sus ojos.

—Ella nunca... Nosotros nunca hemos tenido oportunidad de ir a ninguna parte. A Lucy le hacía mucha ilusión y...

—De puta madre. —Se va a su habitación tan rápido que ni me da tiempo a impedirselo y el portazo resuena en todo el apartamento.

Llamo varias veces a su puerta, pero no obtengo respuesta y, la verdad, a mí en su lugar no me haría ni puta gracia que entrara sin llamar, así que respeto su silencio. Vuelvo a la cocina, me sirvo otra taza de café y espero durante más de una hora, hasta que me siento tan culpable y tan gilipollas que

decido irme a casa.

Paso por el dormitorio de Luke para despedirme, si me lo permite, y esta vez sí abre la puerta.

—Vete a tu casa, porque te juro que ahora mismo no me apetece una mierda tenerte cerca. Pero te voy a decir algo, aunque ni siquiera sé si te importa: me estoy hartando de que seas un puto niño. Y, ahora, lárgate de mi vista.

No soy capaz de encontrar una respuesta adecuada y me marcho. Ya en la calle, antes de arrancar mi moto, me doy cuenta de que quizá nunca, en toda mi vida, me habían definido tan bien. Puto niño.

IX

Es increíble lo que cinco días en Los Angeles pueden hacer para curar cualquier mal. Los días previos al viaje me los pasé con la inquietud alojada en el pecho, con la certeza de que había hecho las cosas mal con Luke y... vale, humillándome todo lo posible vía *whatsapp* para intentar que me perdonara. Más o menos lo conseguí, aunque sus palabras han seguido siendo más frías que de costumbre.

En Los Angeles, todo cambió. El sol instalado todo el día en el cielo, una escapada a la playa de Malibu, más diversión de la que esperaba en Disneyland, una visita inesperada a unos estudios de cine y miles de fotos con Lucy, a la que creo que nunca había visto disfrutar tanto.

Cuando regresamos a casa, solo quedan tres días para la reapertura del restaurante, y tengo muy claro a qué quiero dedicarlos. Quiero... No. *Necesito* arreglar las cosas con Luke, conseguir que se le pase el cabreo por lo del viaje y volver a ese estado anterior en el que disfrutábamos el uno del otro sin que ningún mal rollo nos rondara la cabeza.

Hace ya cuatro meses de aquella primera noche en que nos desnudamos, en cuerpo y alma. Cuatro meses de muchas horas robadas al reloj, de conversaciones en las que hemos llegado a conocernos a fondo, a entender los miedos, las esperanzas y los sueños del otro. Cuatro meses en los que me he dado cuenta de que Luke me gusta más de lo que estoy dispuesto a admitir.

Aterrizamos en San Francisco a mediodía y, después de entregarles a Cam, Amanda y el pequeño Jake los mil regalos que les hemos traído, me escabullo de la reunión familiar. A Camden y Amanda les espera una larga tarde de aguantar a Lucy hiperexcitada, contando por partida triple cada pequeña anécdota que hemos vivido en el viaje.

Llego a la velocidad de la luz al bloque de apartamentos de Luke y me recibe vestido solo con un pantalón vaquero gastadísimo que deja a la vista el hueso de su cadera y el inicio de su vello púbico. Se me hace la boca agua. Lleva el pelo suelto, un poco asilvestrado, y en su cara se lee un nerviosismo que no es habitual en él. Se muerde el labio inferior, dejando resbalar su *piercing* entre los dientes, en un intento de no reírse cuando, por todo saludo, le tiendo un sombrero con unas enormes orejas de Mickey Mouse que le he comprado en Los Angeles.

—¿Puedo pasar?

—Claro. —Deja mi regalo sobre la encimera de la cocina, y se da la vuelta, exhalando un pequeño suspiro, antes de hablarme entre susurros—. Te he echado de menos.

No le respondo con palabras, pero me lanzo sobre sus labios con un hambre de él que ni siquiera sabía que sentía. Se nos escapan murmullos, jadeos y gemidos. Me deshago de mi ropa como buenamente puedo y caemos los dos sobre su cama. Nuestras manos se mueven con rapidez, ávidas por tocar el cuerpo del otro. Las lenguas se entremezclan. Se puede percibir la electricidad en el ambiente.

Luke me agarra del pelo y me gira hasta que quedo boca abajo sobre la cama. A continuación, se tumba encima de mí y se retuerce hasta encontrar mi boca, hasta que nuestros labios vuelven a chocar, mientras siento su erección abrirse paso entre mis nalgas. Abro el cajón de su mesilla y le paso un condón, que no tarda ni un segundo en ponerse. Cuando me penetra, siento esa mezcla de dolor y placer que no cambiaría por nada, si es él quien me la provoca. Poco después, en medio de unos jadeos que han debido de despertar a medio vecindario, se corre dentro de mí.

Cuando me doy la vuelta, con la erección izada como una bandera, veo que algo va mal. Luke no hace amago de tocarme, como si esta función consistiera solo en que él acabara lo suyo.

—¿Me vas a dejar así? —le pregunto.

—Yo... —Veo que duda, y se me encienden un par de alarmas internas—. No, claro que no.

Me masturba con rapidez, mientras su boca se pasea por mis pezones, mi cuello, mis labios. No tardo demasiado en seguir su camino y, en cuanto me vacío, Luke sale del dormitorio y tarda unos minutos en regresar.

—¿Qué está pasando aquí? —Veo sus ojos algo enrojecidos y empiezo a preocuparme de verdad.

—Matt, tenemos que...

—¡No! No me digas esa frase, joder. No cuando aún me late la polla de correrme en tu mano.

—No me lo pongas más difícil. Esto... Joder, esto ya está siendo muy difícil para mí.

—¿Me estás dejando?

—No lo sé. Supongo... supongo que no. Pero quiero hablar contigo. ¿Puedo? —Señala su lado de la cama, que yo estoy ocupando por completo.

—Sí, por supuesto. Dime.

—Creo que en estos meses hemos hablado bastante. Mucho. No sé si

escondes algún oscuro secreto, pero tengo la sensación de que no. De que nos lo hemos contado todo. —Asiento, y él continúa—. Sabes la historia que viví en Nueva Orleans. Fueron cinco años. Cinco. Todo ese tiempo me pasé esperando que mi pareja me diera algo que no podía o no quería darme. Y me destrozó.

—Pero, Luke, nosotros...

—No. Déjame terminar. Si algo aprendí de aquello, es que no valgo para las relaciones casuales. Me gustan los polvos de una noche sin saber siquiera el nombre del otro tío o las relaciones serias en las que estoy convencido de que hay futuro. Cualquier punto intermedio entre una cosa y otra... no es para mí.

—¿Qué me estás queriendo decir?

—Que no busco un polvo a largo plazo. Alguien con quien follar, pero con el que nunca voy a ninguna parte, ni conozco a su familia o a sus amigos, ni... nada. No quiero eso. Y eso es lo que tengo contigo.

—O sea... —Me pienso muy bien las palabras que voy a elegir porque, o mucho me equivoco, o eso que acaba de pasar sobre la cama en la que estoy ahora sentado ha sido un polvo de despedida—. Me estás diciendo que es un todo o nada, ¿no?

—Sí. O vamos en serio o yo... prefiero que no sigamos viéndonos.

—Tengo veintiún años, Luke.

—¿Y? No sé dónde está escrito a qué edad se puede empezar a tener una relación seria.

—No sé si eso es lo que quiero —reconozco.

—No. No es lo que quieres. Ya lo sé. Por eso estoy tan jodido. Yo no quiero empujarte a una relación que en realidad no quieres. Porque, si la quisieras, te habrías matado a buscar un viaje para estos días que hemos tenido libres. O quedarías conmigo alguna vez para algo que no implicara la polla de uno en el culo del otro. Pero... ya sé que no.

—No es eso, es que...

—No, Matt. Ya me engañé una vez. Tengo veintiocho años y sé bien lo que quiero. No pienso seguir jugando a esto contigo con la esperanza de que algún día llegue a más.

—¿Es el final, entonces? —Me sale la voz estrangulada y empiezo a darme cuenta de que sí, se ha acabado.

—Lo siento.

—No... —Me levanto, me pongo rápidamente mi ropa y salgo de su habitación. Ya en la puerta, siento que me queda algo por decir—. Soy yo quien lo siente, Luke. Siento no poder darte lo que mereces. Lo siento de veras.

X

Son casi las once de la noche cuando llego a casa, después de vagar por las calles de San Francisco como un gilipollas. De hecho, eso es lo único que siento, que soy un auténtico gilipollas. ¿Cómo se explica, si no, que me sienta tan mal, tan horriblemente mal, cuando soy yo quien no quiere tener una relación con Luke? Porque no quiero. Creo. Yo qué sé.

—¿Tan mal ha ido el reencuentro? —Cam me intercepta cuando estoy alcanzando una botella de whisky del frigorífico porque... sí, en este momento, lo único que se me ocurre hacer para mejorar mi estado anímico es emborracharme.

—¿Dónde están todos?

—Lucy se quedó dormida en cuanto acabó de contarnos cada uno de los detalles de vuestro viaje. Y Jake y Amanda no tardaron demasiado en caer. Estaba acabando unos diseños para el fin de semana. ¿Quieres verlos?

—*Yep*. ¿Quieres tú de esto? —Señalo la botella con la cabeza, y a él se le escapa una sonrisa resignada. Cojo dos vasos y lo sigo a la mesa del comedor, donde hay esparcido un caos de bocetos, lápices, rotuladores y todas las cosas que Cam suele utilizar cuando se pone creativo.

—Mira... Este diseño es una pasada, ¿verdad? Lo tatuaré pasado mañana en la pierna de una chica, desde la parte superior del muslo hasta el pie. — Extiende ante mí un boceto largo y estrecho, lleno de líneas rectas, entramados geométricos y grandes zonas negras. Asiento, porque nunca dejaré de fascinarme la capacidad de Cam para crear obras de arte sobre la piel de otros, por muchos años que lleve viéndolo trabajar. Se me queda mirando cuando ve que no tengo nada que añadir—. ¿Me lo vas a contar?

—Se acabó. —Las palabras me salen solas porque no me aguanto ya más la angustia que tengo desde lo ocurrido esta tarde—. Con Luke.

—Vaya. Lo siento. ¿Cómo estás?

—Jodido. —Doy un trago a mi vaso y Cam me imita—. Se me pasará, supongo.

—¿Vamos fuera? —Señala la puerta del jardín y me da un poco la risa.

—Sí que debe de estar dormida Amanda —me burlo, lanzándole mi paquete de tabaco después de rescatar un pitillo para mí.

—Déjame en paz. Un día es un día.

—Ya, seguro que no fumas a escondidas de... —Me interrumpo, porque justo en ese momento recibo un *whatsapp* de Luke y se me corta hasta la respiración.

—¿Es él?

—Es igual. —Tiro el móvil sobre una de las sillas del jardín y me paso la mano por la cara con una frustración que no tengo ni idea de cómo solucionar —. Solo me pide que actuemos como si no hubiera pasado nada cuando volvamos al restaurante.

—¿Te apetece pasear?

—¿Pasear?

—Sí, demos una vuelta por el barrio. Hace una buena noche, no hay nadie por la calle, mañana no trabajamos ninguno de los dos... y creo que necesitas una buena charla de hermano mayor, ¿me equivoco?

—Puede ser... —Le respondo, mientras vuelvo a ponerme la cazadora y cojo una bufanda del perchero de la entrada. Camden garabatea una nota para Amanda, por si se despertara y no nos encontrara en casa, se pone un gorro gris de lana y salimos a la calle sin hacer ruido.

—¿Has cogido la botella?

—La duda ofende, Cam —le contesto, mostrándole cómo la he escondido burdamente en la cinturilla de mi pantalón.

—¿Te ha dejado él o lo has dejado tú? —Mi hermano no es muy *fan* de la conversación intrascendente, así que va al grano sin pensarlo.

—Me ha dejado él porque yo he querido que me dejara.

—Joder, a veces se me olvida lo complicada que era la soltería. ¿Me lo explicas?

—Luke quiere una relación seria, y yo no. No hay mucho más que explicar.

—Pero a ti te gusta Luke, ¿no? Quiero decir... ¿estabas a gusto con él? Nunca te habíamos visto así con otro tío. Vamos, es que nunca hemos conocido siquiera el nombre de otro tío con el que hayas estado.

—Es que no ha habido otros tíos. Nadie con quien haya pasado más que un buen rato. Claro que estaba a gusto con Luke. Eso es lo que más me jode de todo esto. Estábamos bien, de maravilla... No nos pedíamos nada ni nos exigíamos. Pasábamos tiempo juntos y todo parecía ir bien.

—Pero, Matt... Las relaciones evolucionan, ¿no? No podíais pasaros la vida teniendo solo sexo.

—¿Por qué no? Trabajamos juntos, nos llevamos bien y lo pasamos bien en la cama. ¿Qué más necesitamos?

—Puede que tú nada, pero parece que Luke sí necesitaba algo más.

—Pues ese es el asunto. —Nos sentamos en un banco desde el que hay unas

vistas increíbles de la bahía. Nos pasamos la botella de whisky y bebemos en silencio, con Camden dándome tiempo para digerir lo que está siendo la primera ruptura de mi vida—. Él me buscó, Cam. Yo solo sé que un día estaba tomándome unas cervezas con él, mientras me contaba su vida, y al momento siguiente estaba en su piso empotrado contra una pared.

—Muchas gracias por esa imagen tan gráfica de mi hermano pequeño teniendo sexo descontrolado, Matt. —Me roba la botella y le da un trago—. ¿Qué quieres decir con eso? ¿Que porque la cosa empezó así no podía evolucionar hacia algo más?

—No lo sé. Pero no pensé jamás que él querría ir más en serio. Sé que le hicieron daño en el pasado y que no quiere una relación basada solo en el sexo, pero joder... ¿Qué pasa con lo que quiero yo?

—Pues que es algo diferente y por eso habéis roto —sentencia Cam, poniéndome delante de la cara la auténtica realidad de lo ocurrido. Puede doler, puede ser difícil de entender, pero es inevitable. Queremos cosas diferentes en la vida y ninguno de los dos va a renunciar a sus ideas para meterse en una relación en la que ya entraría con un resquemor.

—Supongo que sí.

—¿Puedo hacerte una pregunta seria?

—Claro.

—¿Por qué tienes tan claro que no quieres una relación? —Me enciendo un cigarrillo mientras tomo nota mental de no volver a comprar tabaco y pienso en la respuesta que no quiero, en realidad, compartir en voz alta.

—No la quiero y punto.

—Matt...

—¿Qué, joder? —Me revuelvo un poco porque, salvo durante un periodo de tiempo en el que prefiero ni pensar, jamás he sido capaz de ocultarle nada a mi hermano.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no quieres ir más en serio con Luke? No es porque no te guste lo suficiente, ¿verdad?

—No. Claro que no. Luke me gusta mucho, muchísimo; más de lo que me atrevo a decir con palabras. Y sé que lo voy a echar de menos.

—¿Entonces?

—Es que hay cosas que echaría mucho más de menos si fuera en serio con él y acabáramos viviendo juntos.

—¿A qué te refieres, Matt?

—Joder, Cam... Dame más whisky. No me salen estas cosas si no estoy un poco borracho. —Se me escapa una media sonrisa avergonzada, pero mi hermano me pasa la botella y me da un pequeño apretón en el hombro—. Hace

tres o cuatro años que las cosas nos van bien. Joder, nos van *muy* bien. La rubia lo cambió todo, ¿no?

—Supongo. —A Cam se le escapa una carcajada, supongo que al recordar aquellos comienzos con Amanda en los que todo era un caos desastroso, pero lleno de ternura al mismo tiempo.

—Pero, ¿recuerdas cómo era antes? Joder, echo la vista atrás y me cuesta encontrar buenos momentos antes de cumplir los diecisiete.

—Los hubo, Matt. Pocos, pero los hubo.

—Ya lo sé. Y todos mis buenos recuerdos, absolutamente todos, tienen que ver con dos personas. Ya sabes... —Se me corta un poco la voz por culpa del whisky y la emotividad de los recuerdos. Me aclaro la garganta para no dar el espectáculo—. Me acuerdo de cuando íbamos a entrenar con tus amigos, cuando me enseñaste a montar en bici, cuando me llevabas a tus citas con Pam, con aquellas dos tetas enormes que tenía...

—¡Matt! —Camden se parte de risa, y sé que el alcohol tiene algo que ver en ello.

—Y luego llegó Lucy y no sé qué me pasó, pero tuve muy claro desde el primer momento que tendría que cuidar de ella, porque nuestra madre no iba a hacer nada por nosotros. Pero siempre era todo tan difícil...

—Has tenido que enfrentarte a cosas que gente que te dobla la edad ni siquiera sabe que existen.

—Ya lo sé. Y tú también. ¿Sabes? Durante años he tenido la sensación de que cualquier cosa que me importara en este mundo... acabaría perdiéndola. A pesar de haber vivido un infierno con mi padre y de toda la mierda que pasamos de niños, siempre te tuve a ti. Sabía que me protegerías, que me cuidarías, que nunca dejarías que volviera a pasarme nada... Y, entonces, te marchaste, y me sentí más solo de lo que jamás pensé que podría estar.

—Joder, Matt... —Miro a Camden a los ojos y los veo brillantes. Me destroza saber que le hace daño el propio hecho de haberme herido a mí en el pasado.

—No, no, Cam, por favor... Necesito poder hablar contigo de aquello sin que te sientas culpable.

—Jamás dejaré de sentirme culpable por haberte abandonado. Fue el mayor error de mi vida y no creo que llegue a perdonármelo nunca —me confiesa entre susurros.

—Pues eres gilipollas. —Los dos sonreímos—. Yo hace mucho tiempo que entendí tus razones y te perdoné. Pero seguí perdiendo cosas. Tú regresaste a casa y, entonces, ¡zas!, se llevaron a Lucy. Me rompió a la mitad verla marchar, Cam. Recuerdo el día que se la llevaron y todavía se me pone la piel de gallina,

joder. Y luego apareció Amanda, y ella también se marchó y...

—Matt... ¿Qué tiene todo esto que ver con Luke? ¿Tienes miedo a perderlo a él también? ¿No es eso justo lo que ha pasado por no atreverte a dar el paso?

—No, no. No es eso. Luke me gusta... joder, me gusta muchísimo más de lo que te imaginas. Pero no lo necesito. Si algo aprendí de mamá y de todas sus relaciones autodestructivas es que no quiero que mi felicidad dependa de una pareja. Pero tengo en casa a las dos personas de las que sí depende mi felicidad. —Aparto la vista de mi hermano, porque nunca he sido un genio en eso de confesar mis sentimientos en voz alta—. No quiero vivir en un lugar en el que no estéis Lucy y tú. Y Amanda y el enano, claro. El tiempo que pasé separado de vosotros, por un motivo o por otro, fue horrible.

—Pero, Matt... Con tu edad, deberías estar deseando volar del nido.

—Puede que te parezca irracional o que no sea lo que sueña un tío de veintiún años normal. Pero es que yo no soy normal. Mi padre intentó matarme cuando tenía ocho años, mi hermano desapareció de mi vida entre los diez y los quince, mi madre montó un laboratorio de drogas en casa y acabó muriendo en un incendio y los servicios sociales me separaron de mi hermana cuando ella no tenía edad ni para saber decir mi nombre. Mis amigos soñarán con recorrer Europa con una mochila a la espalda, pero yo lo único que quiero es llegar a casa y saber que estáis ahí.

—Aunque en el pasado hiciera promesas que no cumplí, espero que ahora sepas que sí, que siempre nos vas a tener ahí.

—Sí que lo sé. Por eso no estoy preparado para marcharme todavía. Necesito recuperar los años que perdí. Necesito ver crecer a Lucy a diario, no con una visita de vez en cuando.

—No sé si te lo he dicho alguna vez, pero haces un trabajo increíble con ella. Yo soy su padre, pero tú eres el referente al que busca para todo.

—Supongo que... —Me levanto del banco en el que hemos pasado la última hora y le hago un gesto a Camden para que vayamos regresando a casa—. Supongo que tuve un buen maestro en lo de ser hermano mayor.

Cam se me queda mirando un segundo y luego me pasa el brazo por el hombro y me aprieta contra él. No es que seamos muy dados a las muestras de afecto; hemos pasado por demasiadas cosas juntos como para que sea necesario demostrar nada con gestos. Nos quisimos con locura cuando éramos niños, nos abandonamos cuando más nos necesitábamos, peleamos hasta la extenuación cuando yo vivía a medio camino entre el rencor y la incomprensión de haber descubierto mi sexualidad, nos unimos para luchar por nuestra hermana, perdimos a la chica que nos había devuelto la esperanza y trabajamos juntos para que él la recuperara, para recuperarla ambos. Entre

Camden y yo está todo dicho desde hace años, pero sentir su agarre sobre mi hombro me recuerda que ni siquiera la ruptura con Luke, aunque aún escuece como una herida abierta, hará que caiga. Tengo una buena red de seguridad en casa.

XI

Tres semanas parecen un tiempo bastante adecuado para olvidar una relación que solo duró cuatro meses y a la que puede que le quedara grande incluso la misma palabra «relación». Pero esta teoría se complica un poco cuando la persona a la que quieres olvidar trabaja codo con codo contigo durante más de diez horas cada día.

La rutina en el restaurante se me hace difícil de digerir. Luke y yo tenemos que coordinarnos para mil tareas, comentar menús, corregir al resto del personal... Trabajamos codo con codo, sí, pero esos codos no se tocan. Ni el resto de nuestros cuerpos, por descontado. Cada vez que coincidimos en algún pasillo estrecho, parece que pretendamos fundirnos con las paredes, del esfuerzo que hacemos para no rozarnos. El vestuario es lugar vedado por una especie de pacto tácito; desde el primer día, los dos hemos venido cambiados de casa y nos limitamos a ponernos las chaquetillas al llegar, pero sin dejar ver ni un trozo de piel.

Y es que, a mí, su piel me duele. Me duele ver sus brazos moviéndose entre los fogones. Me duele ver sus manos dando los últimos toques a los platos. Me duele porque esos brazos ya no me abrazan, esas manos ya no me tocan y él actúa como si entre nosotros nunca hubiera ocurrido nada.

Hasta hace tres semanas, mi día favorito era el domingo. Luke y yo libramos los lunes y la mañana de los martes, así que el domingo era el pistoletazo de salida para día y medio de momentos compartidos, momentos que estoy echando de menos mucho más de lo que había imaginado que haría. Sobre todo, echo de menos nuestras conversaciones, los ratos en que nos quedábamos charlando antes de dormir, los cigarrillos que compartíamos después del desayuno, mientras nos contábamos nuestros pasados y no nos atrevíamos a visualizarnos en el futuro.

Pero hoy es domingo, y yo ya sé que el próximo día y medio lo pasaré encerrado en mi cuarto leyendo, saliendo solo para pasar un rato con Lucy y para que Camden y Amanda no se pongan pesados.

Salvo que haga algo para impedirlo, claro.

Los pasos de Bob, el último cocinero en marcharse del restaurante, resuenan sobre las baldosas de la cocina. O, al menos, eso me parece a mí, que llevo haciendo tiempo desde que empezó a recoger sus cosas. Dejo de fingir

que limpio la encimera y me giro para asegurarme de que Luke y yo nos hemos quedado solos.

Lo veo al fondo de la cocina, distraído en la elaboración de un inventario de productos que necesitaremos pedir antes del final de la semana. Estoy casi seguro de que no se ha dado cuenta de que estamos solos. Me acerco a él intentando reflejar mucha más seguridad de la que siento por dentro.

Luke levanta la cabeza cuando estoy a apenas dos pasos de él y se le refleja la sorpresa en los ojos. No nos hemos dirigido ni una palabra fuera de temas profesionales en demasiado tiempo, y algo me dice que él tiene tantas ganas como yo de que eso cambie.

—¿Se han marchado todos?

—*Sip.*

—¿Tú no has acabado aún? —me pregunta, bajando la mirada a sus papeles, como si mi presencia le resultara indiferente. No cuela.

—Con el trabajo sí.

—Pues márchate entonces, ¿no? —me dice, con algo de desdén.

—No, no me voy a marchar todavía. —Me doy un pequeño impulso para sentarme sobre la encimera.

—¿Qué quieres, Matt?

—Creo que lo mismo que tú —me atrevo a decirle, mientras le suelto la goma con la que se recoge el pelo y, con una pierna, lo acerco a mí.

—Matt... Por favor... Creí que ya estaba todo hablado.

—No he dicho que quiera hablar. No ahora, al menos.

Planto las dos manos sobre su culo y le doy el empujón definitivo hacia mí. Sé que quiere resistirse, y quizá no esté bien que lo presione, pero... joder, es que no puedo alejarme. Me pasa la mano por la mejilla y la enreda entre los pendientes de mi oreja izquierda.

—Matt... Para, por favor.

Nuestros labios se rozan y toda resistencia desaparece en el momento en que mi lengua roza su labio inferior. Nos besamos con furia, con ternura, con calor, con dureza y hasta con un poco de rencor. Sus manos se pierden bajo mi camiseta, y las mías se mantienen aferradas a su nuca, sujetándolo contra mí para que no se escape.

Pero no consiguen su objetivo. Luke se aparta después de unos minutos. Se seca los labios con el dorso de su mano y mantiene la vista en el suelo.

—Tenemos que parar —susurra.

—No, no tenemos. Podemos hacer lo que queramos —le suplico. Y hasta yo me doy cuenta de que parezco desesperado, pero es que ese beso ha despertado algo que había conseguido anestesiar durante tres semanas.

—Pues yo quiero parar. —Luke se aparta de mí, empujando un poco mi pecho con las manos.

—Está bien. Fingiré que me creo eso.

—No te comportes como un gilipollas conmigo, Matt. No tienes ni puta idea... ¡ni puta idea! de lo que han sido estas tres semanas trabajando contigo. No tenías ningún derecho a abordarme así hoy.

—No sé si tenía derecho o no. Sé que tenía ganas. Demasiadas.

—Pues yo lo único que puedo hacer es pedirte que te reprimas las ganas de ahora en adelante. Por favor.

—¿Por qué?

—Porque me gustas demasiado. Si tú quieres llevarme a la cama, lo vas a conseguir. —Su confesión me sorprende y mi cara lo refleja—. ¿Qué pasa? ¿Acaso no lo sabes? Si tú no paras esto, yo no voy a ser capaz. Hazlo por mí. No me jodas, Matt.

—Está bien. —Asiento—. No te joderé.

Con el doble sentido flotando entre nosotros, me doy la vuelta sobre mis talones y me dirijo a la puerta. Sé que lo he hecho mal, que ese beso no nos va a ayudar a ninguno de los dos. Que nos arrepentiremos. Que hemos dado unos cuantos pasos atrás en la superación de nuestra ruptura. Pero yo... yo no borraría ese beso por nada en el mundo. Ni siquiera quiero pensar en que me he sentido vivo por primera vez en muchos días.

—¡Matt! —Luke me llama, y no puedo evitar que la esperanza me anide en el pecho.

—Dime. —Me giro hacia él y veo que se muerde el aro del labio inferior, en un gesto que ya reconozco como una muestra de nervios.

—Lo de que “me gustas demasiado”... —Enfatiza su comentario haciendo el gesto de las comillas con los dedos—... es un eufemismo cojonudo de que me he enamorado de ti como un gilipollas.

XII

Hace ya dos meses que todo se acabó entre Luke y yo, y más de un mes de aquel último beso que aún se me aparece a veces en sueños. No es que las cosas me hayan ido demasiado bien en este tiempo. He estado insoportable en casa, y Amanda no se ha cortado demasiado en recordármelo. El que se ha cortado, además, soy yo, que el otro día, por estar distraído mirando a Luke, por poco no me quedo sin un par de dedos de la mano izquierda. Al final, la cosa no llegó a tanto, pero me llevé un buen tajo en el dedo índice, que me ha mandado cuatro días para casa con seis puntos de sutura y una baja forzosa. Cuatro días que Amanda ha aprovechado para decirme *–gritarme–* que tengo que retomar ya mi vida, olvidarme de Luke y volver a ser el que era. Hasta tal punto ha llegado que Camden acabó enfadándose con ella, pese a que sé que opina lo mismo, y su discusión hizo que me sintiera culpable, además de todo lo demás.

El sábado decido invitarlos a cenar en plan reconciliación familiar. Sus días de descanso y los míos rara vez coinciden, y la hija de nuestros vecinos ha hecho un par de veces de canguro con Lucy y Jake, así que decidimos pegarnos un homenaje e irnos a cenar a uno de los mejores restaurantes de Fillmore Street.

Amanda y yo pasamos a recoger a Camden por el estudio y, como siempre, estamos a punto de caer en la tentación de salir marcados de allí. Amanda ya lleva unos cuantos tatuajes desde aquel primero gracias al cual Cam la conoció. Y yo llevo tiempo haciéndome algunas cosas aquí y allá, sin que mi hermano haga ni el menor esfuerzo por ponerme freno. De hecho, es él quien sale a recibirnos con un vendaje plástico en su mano izquierda. Llevaba semanas amenazando con tatuarse el nombre de Jake y parece que los nudillos han sido el lugar elegido.

Son casi las nueve cuando entramos en el restaurante, después de unas cuarenta mil alabanzas de Amanda al nuevo tatuaje de Cam. En cuanto nos sirven los platos, no puedo evitar que me ataque la deformación profesional, y me paso la mitad de la cena criticando cosas que yo habría hecho de otra manera *–que Luke habría hecho de otra manera–*, hasta que deciden hacerme callar lanzándome una servilleta a la cara.

Acabamos reconciliándonos, suponiendo que quedara algo por reconciliar.

Me trago mi orgullo, les pido disculpas por haber estado insufrible estas semanas y prometo empezar a tomarme mejor la *ruptura* con Luke. Planeamos juntos la mudanza, que se ha ido retrasando, pero que al final haremos la semana que viene, y yo me propongo en serio acabar de embalar todas mis cosas en cuanto me duela un poco menos la mano.

No son ni las doce cuando a Camden se le escapa el tercer bostezo consecutivo, y Amanda y yo nos reímos con ganas de él. Quién le iba a decir que antes de los treinta ya no sería capaz de aguantar despierto más allá de medianoche. Jake es un bebé buenísimo, y Lucy es muy independiente para su edad, pero siguen siendo niños. Y hacerse cargo de todo, trabajo y estudios incluidos, no es precisamente descansado.

Envío un par de mensajes a mis amigos cuando ya es evidente que Camden y Amanda están a punto de emprender la retirada. Los veo poco, pero nos conocimos en la escuela de cocina y todos estamos trabajando en el negocio, así que somos bastante comprensivos con los horarios desquiciados de los demás.

Nos reunimos en un local de la calle Geary, y pasamos un par de horas hablando de trabajo y recordando los tiempos en que los estudios nos dejaban suficiente tiempo libre como para hacer lo que nos daba la gana. Bebo bastante más de la cuenta, lo que, mezclado con los analgésicos que estoy tomando para el corte de la mano, hace que se me vaya un poco la cabeza.

Cuando me quiero dar cuenta, son las cinco de la madrugada y solo tengo claras dos cosas: que estoy borracho como una cuba y que quiero echar un polvo. Bueno, también tengo bastante claro que Noah, el primo de uno de mis mejores amigos, está bastante dispuesto a solucionar esa última cuestión.

Los baños de la discoteca a la que hemos ido a parar los últimos supervivientes de la noche son el lugar elegido. No es que me haya esforzado demasiado en disimular que esperaba que me siguiera cuando me he encaminado hacia los aseos. Cierra el pestillo detrás de mí y el resto es historia. Es rápido, impersonal y cumple su función. Me corro en menos de cinco minutos y Noah tiene el detallazo de masturbarse mientras lo hacemos y acaba pocos segundos después de mí.

Ni siquiera me molesto en despedirme. Salgo de la discoteca y cojo un taxi de camino a casa. Tengo que pedirle al taxista que me deje un poco antes de llegar porque los medicamentos, el alcohol y el asco general por lo que están siendo mis últimas semanas hacen que vomite en la acera, justo a tiempo de no hacerle un destrozo al pobre hombre en su coche.

Al entrar en casa, me encierro en el cuarto de baño a cepillarme los dientes y cambiarme el vendaje de la mano, y me amorro a una botella de dos litros de

agua como si me fuera la vida en ello. No tengo ni rastro de sueño, así que decido salir a la terraza a fumar, cuando ya despunta el sol en la bahía.

En cuanto pongo un pie fuera, me encuentro a Cam, con cara adormilada, tumbado en una silla reclinable del jardín, con una manta cubriéndolos a él y al pequeño Jake.

—Shhhhh —me susurra—. Lleva dos horas dando la lata. Los dientes, ya sabes.

—Uffff. Lucy lo pasó fatal con eso. —Me voy al fondo del jardín y le enseño a Cam mi paquete de tabaco—. ¿Te importa?

—Si necesitas fumar a las seis y media de la mañana, después de una noche de fiesta, es que tienes una historia que contar.

—Creo que... Dios... Creo que estoy enamorado de Luke.

—Yo no lo creo. —Le echo una mirada de odio, y él me responde con una carcajada—. Yo estoy bastante seguro de ello.

—Pues qué bien...

—Matt, joder. ¿Por qué no arreglas las cosas ya con él? Estás amargado desde que os separasteis, y estoy seguro de que él también. Deja ya esa idea absurda de que estar con él te va a separar de nosotros.

—Es que no es absurda, Cam. Quiero mudarme a la casa nueva. Es la única cosa que me ha ilusionado en un tiempo.

—Pues proponle que os lo toméis con calma. No sé, alguna solución tiene que haber, ¿no?

—Yo qué sé... Si en algo tienes razón, es en que no puedo seguir así.

—¿Qué ha pasado esta noche?

—Que me he tirado a un tío en el cuarto de baño de una discoteca porque he creído que esa era la solución a todos los problemas —reconozco.

—Un clásico. ¿Tienes demasiado sueño para que te cuente una historia?

—Que sea breve. —Me ataca un bostezo y sé que estoy a punto de rendirme al sueño.

—Hace unos años, me pasé unas cuantas horas tomando unas cervezas con una chica el mismo día que la conocí. Estuve meses recordándome a diario todos los motivos que tenía para no meterme en una relación con ella, a pesar de que estoy bastante seguro de que me enamoré de ella ese mismo día. También eché un polvo de esos de intentar olvidar.

—¿Pam? —Se me escapa la risa.

—Sí. Vaya imbécil fui. Sabes lo que acabó pasando, ¿no?

—¿Que hemos acabado todos viviendo en plan familia feliz?

—Sí. Y que nada de lo que Amanda y yo hicimos para alejarnos funcionó.

—Y menos mal.

—Exacto. ¿Has pillado la moraleja o te la resumo?

—Que vaya a por todas con Luke, ¿no?

—Por ejemplo. Pero, sobre todo, que, si tiene que ocurrir, Luke pasará a ser parte de esto. —Hace un gesto con su dedo hacia el interior de la casa—. Como Amanda en su día.

—¿Qué pasa con Amanda? —La cabeza de Lucy se asoma entre las cortinas de la puerta del jardín, con un pijama amarillo medio arremangado, el pelo revuelto y los ojos entrecerrados.

—¡Hey! ¿Qué haces aquí, enana? —le pregunto, mientras la cojo en brazos. Cada día está más grande, y me duele pensar en el día en que no pueda ya llevarla así a todas partes.

—Me hacía mucho pis y os he oído hablar.

—¿Quieres que te lleve a la cama?

—Vale. —Apoya la cabeza en el hueco de mi hombro y juega a tirarme del pelo.

—Yo también voy a intentar dormir un rato. Hasta que este señorito me deje —nos dice Cam, al tiempo que le da un beso en la cabeza a Jake y otro a Lucy.

—¿Me dejas dormir contigo, Matt?

—Bueno... —Finjo pensármelo un poco, aunque ella sabe tan bien como yo que no tiene que convencerme demasiado de eso—. Pero me tienes que dejar dormir hasta tarde, ¿vale?

—Vale.

La dejo sobre mi cama, ya medio dormida, y rebusco en el armario hasta encontrar un pijama. Me tumbo a su lado y le voy a dar un beso de buenas noches, cuando me sorprende su voz, un poco pastosa.

—¿Por qué estás triste, Matt?

—¿Y quién te ha dicho a ti que estoy triste, Lux?

—No hace falta que me lo diga nadie. Se te nota —me responde, con esa lógica aplastante de los siete años.

—He estado un poco triste, sí. Pero se me va a pasar.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Yo te ayudaré, ¿vale? Tú siempre me ayudas a mí cuando estoy triste, así que ahora me toca a mí.

La frase se le pierde en un bostezo, y se queda dormida al momento. Le aparto el pelo que le ha caído sobre la cara y se me dibuja una sonrisa cuando pienso que, aunque ella ni se dé cuenta, siempre es la persona que me ayuda a dejar de estar triste.

XIII

Me reincorporo al trabajo con los puntos del corte todavía frescos, pero con una necesidad de salir de casa que hace que me dé igual tener que apretar un poco los dientes en algunas tareas de la cocina. Además, mañana es el gran día de la mudanza, y prefiero trabajar cien horas seguidas en el restaurante que aguantar la vorágine de cajas e inventarios en la que han entrado Camden y Amanda.

Con Luke todo sigue como siempre, así que hago mi mayor esfuerzo por pensar solo en las tareas de la cocina, los platos que tengo que preparar y a los compañeros a los que tengo que coordinar. Un par de pinches han caído víctimas de la gripe primaveral, así que tenemos que redoblar esfuerzos para que todo funcione como tiene que hacerlo.

En casa, son días un poco locos. De la mudanza se ha encargado una empresa, pero el panorama que encontramos al llegar a ella agobia bastante. No tengo ni idea de cómo hemos podido reunir tantísimas cosas en los tres años y pico que hemos vivido en Sausalito, pero el caso es que hay cajas por todas partes. Le hemos dado prioridad a dejar listas cuanto antes las habitaciones de los niños, para que el cambio afecte lo menos posible a sus rutinas. Como consecuencia, hemos pasado olímpicamente de nuestras propias cosas y, cada vez que necesito una camiseta limpia, tengo que abrir unas doce cajas antes de encontrarla. Y escuchar a Camden repetirme que, si hubiera hecho un inventario de dónde había guardado cada cosa, no me pasaría esto.

La verdad es que todas las incomodidades iniciales compensan cuando veo mi nuevo hogar. Una casa victoriana de tres plantas en pleno Alamo Square, con una planta baja diáfana, cuatro dormitorios, el apartamento de la buhardilla que he decorado a mi gusto y un jardín precioso en el que Lucy insiste en que tenemos que instalar una piscina.

La primera noche que pasamos en la nueva casa, cuando llegué del restaurante casi de madrugada, me encontré a mi hermano sentado en las escaleras de la entrada con una lata de cerveza en la mano y la mirada perdida. No tardé en entender qué le ocurría. Charlamos un rato, compartimos un par de cervezas más y creo que ambos dimos gracias en silencio a la vida por plantarnos a la rubia en el camino. Porque la casa la ha pagado ella, sí, con la herencia de sus padres y el dinero que obtuvo de la venta de su casa de Hot

Springs. Pero no es una cuestión económica. Es casi, casi... una cuestión de fe. Ella, además del director de nuestro instituto, fue la única que creyó que había algo bueno en nosotros, algo por lo que merecía la pena luchar. Ha hecho falta mucho más que dinero para que los hermanos Reed saliéramos de la marginalidad en la que habíamos vivido en Arkansas y acabáramos teniendo buenos trabajos, trabajos que nos apasionan, una vida familiar sana, tan diferente a la que vimos mientras crecíamos, y una relación entre nosotros que nunca debió haberse roto.

Cuando las cosas empiezan a normalizarse en casa, decido retomar el tema de Luke. No es que me hubiera olvidado de él, pero he conseguido distraerme con otras cosas del hecho de que tengo que hacer algo para intentar recuperarlo, para que encontremos juntos el punto de convivencia que a mí me permita seguir disfrutando de mi familia a diario, mientras crece mi relación con él. Hace ya demasiado tiempo que estamos separados y no he dejado de echarlo de menos ni un día.

El domingo, decido que es el día de jugarme el todo por el todo. Lo espero al salir de trabajar en el callejón donde siempre aparcamos las motos, y su gesto refleja un poco de estupefacción al verme apoyado en su flamante Triumph granate. No solo porque adora esa moto y me mataría si le ocurriera algo, sino porque, desde que él me pidió que lo hiciera, he mantenido las distancias, por muy difícil que me haya resultado por momentos.

—Más te vale estar tratándola con todo tu cariño, Matthew —me dice, con una media sonrisa. Es el primer comentario distendido que recibo de él en tanto tiempo que tengo la sensación de haber estado conteniendo el aliento.

—¿Lo dudas? Ya sabes que me encanta.

—¿Querías algo? —me pregunta, y veo algo en su cara a medio camino entre la prudencia y la ilusión. O quiero imaginarme que lo veo, vaya.

—Sí. Quería... —Joder, me tiembla la voz de lo nervioso que me he puesto en el último momento. Una cosa es haberme planificado el discurso en casa durante un par de horas (sí, vale, y haberlo ensayado con Amanda), y otra cosa es que me salga sin titubear delante de un hombre que, solo con mirarme, consigue que se me reblandezca el cerebro y se me endurezca otra cosa.

—¿Sí?

—Quería pedirte una cita.

—Matt...

—No, no. No digas nada. No es ese tipo de cita. Tú... bueno... Has sido una persona... *Eres* una persona muy importante para mí. Haya pasado lo que haya pasado entre nosotros, no dejas de ser el mejor amigo que he tenido desde que llegué a San Francisco.

—No digas gilipolleces, Matt. Tú y yo nunca hemos sido amigos.

—Bueno, pues no le pongamos nombre a lo que hemos sido. A lo que somos. Solo sé que a ti te he contado cosas sobre mí que solo sabe mi familia. Te dejé entrar mucho, aunque pueda parecerle lo contrario. Y... joder, te echo de menos.

—Yo a ti también te echo de menos. —Su rostro tiene una expresión torturada. Se pasa las manos por su larga melena y se la recoge en una coleta baja—. Quizá por eso no tengo muy claro que sea una buena idea tener una cita.

—Salgamos como amigos. Tenías toda la razón. Nunca hicimos nada fuera de la cama. No es que tenga ninguna queja de...

—Matt...

—Vale, sí, ya me callo. —Nos da un poco la risa nerviosa a los dos y soy yo el que decide ponerse serio—. Déjame que te enseñe un poco más quién soy. Por favor.

—Está bien. —Me sonrío y por un momento soy incapaz de recordar el motivo por el que no podemos estar juntos—. ¿Cuándo?

—Mañana. A las seis. En los cines que hay cerca de Alamo Square. ¿Sabes cuáles te digo?

—Sí. ¿A las seis de la tarde? ¿Qué clase de cita...

—Tú espera y lo verás. Ponte guapo —le digo, con un puntito burlón en la voz y, antes de que se me escape, me acerco a él y le doy un beso muy rápido en los labios.

Enciendo mi moto y me largo de allí como alma que lleva el diablo. Se me ha agotado todo el valor del que disponía para arriesgarme a su rechazo, y para no lanzarme como un desesperado sobre él, así que mejor hacer una retirada digna a tiempo.

XIV

—¡Hey! ¡Hola! —Luke me saluda con la sorpresa pintada en la cara, y a mí me vienen cuatro mil dudas de que mi brillante idea no sea la estupidez más grande que se me ha ocurrido jamás. Tengo que carraspear un par de veces antes de ser capaz de hacer las presentaciones.

—Hola, Luke. Esta es mi hermana, Lucy. Lucy, él es mi amigo Luke.

—Encantada de conocerte —le dice Lucy, como con mucho protocolo, y estoy casi seguro de que Amanda la ha aleccionado para esto.

—Igualmente, Lucy. —Luke le sonrío, con esos dientes perfectos que me dan envidia y me trastornan a partes iguales, y aprovecha que ella se distrae mirando la cartelera para hacerme un gesto interrogante.

—Quería que la conocieras. —Es lo único que acierto a susurrarle antes de entrar en el debate sobre la elección de la película.

Al final, Lucy elige una de animación que no tiene mala pinta, aunque no parece que Luke sea muy fan de las películas infantiles. Compramos como seis kilos de palomitas, bien cargadas de mantequilla, algunas chucherías más y tres refrescos gigantes, y nos acomodamos en nuestras butacas justo cuando las luces de la sala se apagan.

Al principio estoy un poco tenso, y podría jurar que Luke, sentado a mi izquierda, también lo está. Me lanza alguna mirada de reojo, yo alguna que otra a él, y agradezco que Lucy esté distraída con la película para que no se dé cuenta de que su hermano favorito es un auténtico imbécil.

Nos vamos relajando y, cuando llevamos algo más de una hora sentados, noto la mano de Luke sobre mi muslo, y por poco no lanzo el bol de palomitas volando por los aires.

—Te quedan muy bien.

—¿Qué? —le pregunto, sin entender a qué se refiere.

—Las gafas —me susurra—. Te dan un punto, no sé... muy sexy.

Un escalofrío de excitación me recorre la columna y doy gracias mentalmente un par de veces por esas pocas dioptrías. Solo uso las gafas para ir al cine o leer, así que me doy cuenta de que Luke nunca me ha visto con ellas. Y me doy cuenta también de lo triste que es eso. Que, pese a haber pasado algunos meses juntos, en realidad, no compartimos demasiado fuera de la intimidad de la cama y las conversaciones posteriores.

La película acaba antes de que nos demos cuenta. Lucy sale entusiasmada, repitiendo hasta la saciedad diálogos que ni sé cómo ha sido capaz de memorizar. Luke me comenta que no le ha horrorizado tanto como esperaba y yo le recuerdo que hay todo un mundo de cine infantil ahí afuera, y que yo me lo conozco demasiado bien.

Lucy insiste en que acabemos la tarde en un restaurante de comida rápida, así que llamo a Camden para avisarlo de que tardaremos un poco más. Me pregunta qué tal se han llevado Luke y Lucy y me envía ánimos para que la velada acabe bien. Acaba poniéndose Amanda también al teléfono, y no puedo evitar ignorarla, mientras me fijo en lo bien que parecen estar interactuando Lucy y Luke en mi ausencia.

—¡No es verdad! ¡El helado de chocolate está mucho más bueno que el de vainilla!

—No tienes ni idea de helados, Lucy.

Llego a nuestra mesa justo cuando están enzarzados en la discusión, riéndose con ganas y casi ignorando mi presencia. Lucy consigue que Luke le dé la mitad de su helado, usando sucias tácticas que yo conozco desde que aprendió a hablar, más o menos. Se me escapa una sonrisa triste al darme cuenta de que ellos dos son las personas que más feliz pueden hacerme, pero también la causa de que haya pasado los últimos meses tan perdido.

—Venga, Lucy, ponte el abrigo, que tenemos que irnos a casa.

—¿Ya?

—Sí, enana. Es hora de irse a la cama.

Refunfuña un poco, pero acaba resignándose. De vuelta a casa está habladora, que no es algo en lo que suele prodigarse cuando estamos con gente ajena a la familia. Le pregunta un par de veces a Luke cuándo vamos a volver a quedar los tres, y él consigue responderle sin darle esperanzas ni echar balones fuera.

Cuando enfilamos nuestra calle, me da la risa al ver a Camden con la sillita de Jake paseando arriba y abajo por la acera a tal velocidad que me sorprende que no salgan chispas de las ruedas.

—¡Cam! —Lucy echa a correr en cuanto lo divisa, y él la alza con un brazo, mientras mantiene el otro en la silla.

—Hola, peque —la saluda él, con la voz cargada de agotamiento.

—¿Puedo cogerlo, a ver si se le pasa? —se ofrece Lucy, y se pierde dentro de casa con el bebé en brazos en cuanto Camden le da permiso.

—Camden. —Mi hermano estrecha la mano de Luke y se presentan rápidamente—. ¿Queréis pasar?

—No, vamos a ir a dar una vuelta —le respondo.

—Pues pasadlo bien, chicos. —Cam me hace un guiño sin ningún disimulo, y yo le pongo los ojos en blanco—. Encantado de conocerte, Luke.

—Lo mismo digo.

Lucy sale corriendo de casa, le planta a Luke un beso en la mejilla sin mediar palabra y me susurra al oído que Luke le gusta para novio mío.

Echamos a andar por el barrio, al principio sin hablar y con las miradas fijas en el suelo. A los pocos minutos, nos intercambiamos un par de sonrisas tristes y, al final, sin poder evitarlo, cojo su mano y paseamos un rato más en silencio. Ya ni siquiera sé si ha sido buena idea la *cita* de hoy. Necesitaba que Luke viera cómo es mi vida familiar, qué es eso a lo que aún no puedo renunciar. No va a arreglar nada, pero no quería que Luke pensara que soy un capullo que no ha querido luchar por lo nuestro sin motivo.

Con lo que no contaba era con que me doliera tanto volver a tener a Luke a mi lado.

—Lo he pillado. —Su voz, aunque casi entre susurros, me sorprende.

—¿El qué? —Nos sentamos en un banco del parque del Ayuntamiento.

—Por qué no quieres separarte de ellos.

—Supongo que... que eso es lo que quería que vieras. Te entiendo, Luke, de verdad que sí. Me ha costado verlo, pero entiendo por qué no quisiste seguir con lo que teníamos. Era una mierda.

—No, no lo era. —Luke me mira con un gesto vehemente que hace que me arrepienta de mis palabras.

—Vale, no. Fue... joder, fue genial. Pero tendría que haber sido más.

—Lo siento.

—¿Tú? Luke, tú no tienes nada que sentir. Dejaste claro desde el principio que no volverías a caer en una relación que no avanza.

—¿Entonces?

—He estado pensando... —Le echo valor para decirle algo que ni siquiera he comentado con Cam ni con Amanda, entre otras cosas porque siento que él merece ser el primero en saberlo—. No estoy seguro de poder seguir trabajando en el restaurante.

—Pero, ¿qué dices? —Se me ata un nudo en el pecho cuando veo la angustia en su cara. Porque es la misma que siento yo ante la idea de no volver a verlo.

—Luke, para mí es un infierno verte todos los días sin poder tocarte. Y no creo que para ti sea fácil tampoco.

—No, claro que no lo es. Pero no quiero ni imaginarme lo que sería no verte más. —Su voz se va apagando y sé que la razón es que se da cuenta de que es la decisión más racional.

—Estos meses en el hotel son una buena carta de presentación; no creo que me cueste encontrar algo.

Asiente y ya nos queda poco más que decir. Su apartamento queda a una buena distancia, pero me dice que prefiere irse caminando. Le pregunto si le importa que lo acompañe y me responde con una sonrisa tímida. Caminamos en silencio, cogidos de la mano, como engañándonos a nosotros mismos un ratito antes de que la realidad tome el mando.

Llegamos a su puerta demasiado pronto. Da igual que llevemos más de una hora caminando. Podríamos llevar días, pero a mí me seguiría pareciendo demasiado pronto.

—¿Puedo... —empiezo a hablar, pero dejo la pregunta en el aire porque no quiero escuchar la respuesta.

—¿Qué?

—Nada. Es igual.

—¿Quieres quedarte a pasar la noche? —Luke pone palabras a mis pensamientos, demostrándome una vez más que es mucho más valiente que yo—. ¿Era eso?

—Era eso.

—Es una mala idea, Matt. Una idea malísima.

—Lo sé. Por eso no he llegado a decirlo. Supongo que... esto es todo. —Se me escapa un suspiro más audible de lo que esperaba—. Nos vemos en el trabajo.

—No he dicho que no. Solo he dejado claro que sé que es una mala idea. —Luke ríe en voz alta y yo no tardo en contagiarme—. ¿Vamos?

Entramos en su apartamento con calma, de forma muy diferente a aquella primera vez en que nos devoramos en el recibidor. Subimos las escaleras cogidos de la mano, en silencio, apartando a manotazos los pensamientos que sé que nos están advirtiendo de que esto va a hacer que la despedida duela más.

Nos besamos despacio, como queriendo parar la cuenta atrás que nos va a separar. Nos desnudamos sin hablar. Lo sigo al dormitorio y dejo que me acaricie entre los jadeos de anticipación de ambos. Hacemos el amor despacio, con ternura, dejándonos el alma en cada gesto, sabiendo que es la última vez. No hace falta que me pida que me quede a dormir. Luke apaga la luz de su mesita de noche y yo lo abrazo por atrás, apoyo la cabeza en el hueco de su hombro y cierro los ojos.

Paso unas horas adormilado, sin llegar a dormir del todo ni estar completamente consciente. Cuando las luces de la mañana empiezan a despuntar, sé que ha llegado el momento de marcharme. Estoy bastante seguro de que Luke no está dormido tampoco, pero la despedida es algo a lo que

ninguno de los dos queremos enfrentarnos. Me pongo mi ropa con rapidez y me permito la debilidad de agacharme un segundo frente a Luke, que permanece con los ojos cerrados. Dejo un beso muy suave sobre sus labios y no puedo evitar que me desborden las palabras que llevo meses callándome.

—Te quiero.

Sé que mañana lo veré en el trabajo, pero eso no impide que empiece a echarlo de menos en el mismo momento en que pongo un pie fuera del apartamento. Aún con la puerta abierta, me parece oír un «yo también te quiero» que no sé si es fruto de mi imaginación o la primera vez que, al fin, nos hemos dicho lo que sentimos.

XV

Amanda me pilla de pleno mientras me masajeo la pierna con una mano y me trago dos analgésicos con la otra. Por más que intento disimular, no puedo ocultarle la cara de dolor que tengo, así que dejo que me mime un poco en silencio. Coloca un cojín sobre la mesa del salón y me ayuda a subir la pierna. Se escabulle a la cocina y vuelve con dos *muffins* de chocolate blanco y una jarra de café. Se tumba a mi lado en el sofá y apoya la cabeza sobre el muslo de mi pierna buena. Me mira con esa cara de interrogadora profesional del ejército, y no puedo evitar que se me escape la risa.

—¿Qué?

—Llevo un montón de tiempo aguantando que te hagas daño en esa cabeza dura que tienes, Matthew, pero no te voy a consentir que te hagas daño físico también.

—¿Te parece que estoy así porque quiero? He salido a correr un poco y se me ha ido de las manos. No pensé que fuera a dolerme tanto.

—Y saliste a correr porque...

—¿Porque hacer ejercicio es sano y saludable?

—Puedes contarme la verdad en cuanto quieras. —Se levanta y se queda sentada a mi lado, con el ceño fruncido y los brazos cruzados. Es adorable, joder. La odio.

—Porque estaba rayado. Más de lo habitual —le reconozco, después de unos minutos en silencio—. Me ha llamado un compañero de la escuela de cocina. A su jefe le ha gustado mi currículum. En estos momentos, si no ha cambiado de idea, estará llamando a Luke para pedirle referencias.

—¿Estás seguro de lo que haces? En el hotel...

—Amanda. Ni siquiera es una opción que siga trabajando con Luke sabiendo que no vamos a estar juntos.

Las dos semanas posteriores a nuestra despedida han sido un infierno en el trabajo. Me duele mi propio dolor y me duele el que veo en los ojos de Luke cada vez que nos cruzamos. Es insostenible, y soy yo quien se tiene que marchar. Por nada del mundo dejaría que Luke tuviera que volver a huir por culpa de una relación que salió mal.

—Lo siento, Matt. —Amanda no me insiste. Solo me aprieta contra ella y me da un beso. Me quedo adormilado en el sofá entre el calor de su abrazo y el

efecto de los analgésicos.

Al día siguiente, estoy más incómodo en la cocina de lo que había estado nunca. Y eso es mucho decir. Ni siquiera era consciente de haber llegado a conocer tan bien a Luke, pero, en cuanto lo veo, sé por su expresión que ya es consciente de que me voy. De que puede que hoy sea mi último día en el hotel. Ni siquiera me he parado a pensar que voy a echar de menos el trabajo y a los compañeros. Toda la capacidad que tengo para añorar a alguien está centrada en él.

—¡Matt! —Estoy sacando el candado de la rueda de mi moto cuando oigo mi nombre y expulso el aire que ni siquiera era consciente de estar reteniendo.

—Luke...

—No iba a decirte nada. Iba... iba a dejarte marchar, ¿sabes? No te mentía el día que nos despedimos. Lo entiendo. Entiendo que tus hermanos son lo más importante para ti. Entiendo que quieres ver crecer a Lucy. Pero yo... —Se pasa las manos por la cara, veo que sus ojos están brillantes y se me rompe el corazón—. No te vayas, por favor. No te vayas.

—Luke, ya lo habíamos hablado. No puedo...

—Te esperaré.

—¿Qué?

—Te esperaré. El tiempo que haga falta. Si tú tienes claro que quieres estar conmigo y crees que... que tendremos un futuro... Yo esperaré a que estés preparado.

—No tengo ningún derecho a pedirte eso.

—No me lo estás pidiendo. La propuesta es mía. El día que quieras dar el paso, yo te estaré esperando. Lo único que te pido es que me prometas que algún día me permitirás formar parte de eso. De tu familia. De tu mundo.

—¿Formar parte de mi familia?

—¿Tan horrible te parece la idea? —Su ceño se frunce y sé que no tiene ni idea de hasta qué punto ha malinterpretado mi pregunta.

—¿No te parece horrible a ti? ¿Formar parte de una familia en la que nadie ha cumplido aún los treinta, pero ya tenemos dos niños? Porque, si esa idea no te hace temblar de pánico, hemos perdido un tiempo precioso.

—¿Qué me estás proponiendo, Matt?

—Tengo un apartamento en el ático para mí solo.

—Pero...

—Con cerradura y escalera independiente. Y Lucy solo se cuela a dormir allí tres de cada cuatro noches, pero podremos bajar esa media. —Sé que estoy hablando acelerado porque jamás, ni por un momento, me planteé que esta fuera una opción, pero ahora que la toco con la punta de los dedos, estoy

aterrorizado a que se me escape—. No me planteé proponértelo. Tienes veintinueve años. Entiendo que quieras lo mismo que todo el mundo: una casa donde empezar una vida en pareja. Pero... Joder, si hay una posibilidad entre un millón de que estés dispuesto a venirte conmigo, yo... Dios...

Me callo porque se me corta la voz de la mezcla de nervios y emoción. No quiero dar el espectáculo, pero sé que está a punto de escapárseme una lágrima, como si, de repente, toda la tensión que hemos estado soportando durante semanas se me licuara en los ojos. Luke se acerca y entierra su mano entre mi pelo, pidiéndome con una caricia que me calme.

—Estoy dispuesto a eso y a mucho más. —Me agarra el mentón con su mano, obligándome a afrontar su mirada—. No sé lo que quiere todo el mundo. Sé lo que quiero yo. Y yo te quiero a ti. Mi casa está donde estés tú. Haremos que funcione.

EPÍLOGO

Tres meses después

LUKE

No voy a negar que la idea de irme a vivir con una familia ya formada, después de cinco años solo en San Francisco y otros tantos de vida alegre en Nueva Orleans, me daba un vértigo de cojones. Estaba acostumbrado a mis ritmos, a no dar explicaciones de nada, a vivir cómo me daba la gana. No tenía ni idea de tratar con niños, ni de qué podríamos y no podríamos hacer, conviviendo con una niña de siete años y un bebé. Tenía miedo de que la locura de mi amor por Matt me obnubilara la mente y de que, cuando pasara la emoción inicial, me viera abocado a algo que no era lo que esperaba.

Pero, entonces, me di cuenta de una cosa: yo había perdido a mi familia más de diez años atrás, cuando apenas había empezado a salir al mundo. Hace tantísimo tiempo de eso que ya no recuerdo lo que es tener una familia. Me acostumbré pronto a no recibir en mi cumpleaños más llamadas que las de un par de amigos fieles. Me acostumbré a cenar solo en Acción de Gracias y en Navidad. Me acostumbré... porque no me quedó más remedio. Y no es que Camden, Amanda, Lucy y el pequeño Jake fueran un sustituto, pero... sí han sido un nuevo comienzo.

La conexión fue perfecta desde el principio. Camden y yo somos casi de la misma edad y nos hicimos buenos amigos desde el momento en que abrimos la primera cerveza. Nos respetamos de esa forma en que se respetan dos personas que no son muy dadas a hablar de sus sentimientos en voz alta, pero que son muy conscientes de que quieren con toda su alma a la misma persona.

Amanda me miró con recelo durante unos días, con el miedo a que le hiciera daño a Matt dibujado en sus enormes ojos verdes. Sé que temía que yo me rindiera, que la aventura de aterrizar de golpe en una familia me pareciera divertida un rato, pero que acabara marchándome y haciéndole daño a la gente que más quiere. No es que sea muy intuitivo. Ella misma me lo dijo un día que, después de un par de miradas recelosas, le pregunté si había algo que quisiera comentarme. Acabamos compartiendo unas hamburguesas grasientas, mientras Amanda me contaba cómo conoció a Matt y sintió la necesidad de protegerlo desde el primer día, y yo le aseguraba que jamás le haría daño

intencionadamente.

Y Lucy... Ay, Lucy. Ella fue la puerta de acceso a la familia Reed desde aquel día de cine y comida rápida que ahora me suena tan lejano. Matt sigue siendo el centro de su mundo, pero ha comprendido muchísimo mejor de lo que esperábamos que hay momentos en que necesitamos estar solos y que la puerta de la buhardilla cerrada suele significar eso.

La vida es fácil. El ático nos da toda la intimidad que necesitamos, y solo tenemos que abrir una puerta para tener a toda la familia ahí, para nosotros. Un concepto, el de familia, que tanto Matt como yo perdimos cuando éramos demasiado jóvenes para merecerlo, y que recuperamos porque la vida a veces reparte buenas cartas.

No sé qué nos deparará el futuro. Si algún día nos marcharemos o acabaremos viviendo como en una comuna cuando la familia vaya aumentando. Nos da igual. Ya habrá tiempo para pensarlo. Yo solo sé que hace un año conocí al hombre de mi vida. Ese hombre que, hace dos meses, hincó la rodilla en tierra para regalarme el sueño de ser una pareja estable para siempre.

No es que yo sea el más tradicional del mundo en lo que al matrimonio se refiere. Ni que lo considere sinónimo de amor, ni mucho menos. Mis padres han estado casados más de treinta años y creo que nunca los vi tener un gesto de amor sincero el uno con el otro. Y convivo a diario con Camden y Amanda, que se adoran como ninguna otra pareja que haya conocido en toda mi vida, sin necesidad de anillos o contratos de por medio. Aunque no voy a negar que me hizo ilusión que me pidiera que nos casáramos. Hace algunos años, la simple idea de que pudiéramos ser un matrimonio legal parecía ciencia ficción. Casi me parecía un deber cívico decirle que sí. Pero, vaya, que no creo que ni una sola persona pudiera decirle que no si lo viera, tan joven, tan rotundamente guapo, con una rodilla en la acera de una calle cualquiera de Nueva York, durante una escapada con la que nos desquitamos de aquel viaje fallido de meses atrás. Con su sonrisa de chulito pintada en la cara, pero con un brillo de inseguridad en los ojos. Como si hubiera alguna posibilidad de que le dijera que no.

Amanda me ayuda a colocarme la corbata en el dormitorio del ático. Lleva desde primera hora de la mañana lloriqueando, intentando ocultar sus lágrimas para que Camden, Matt y yo no nos riamos de ella. Hace días que Matt y yo tenemos bastante claro que su emoción no se debe tanto a nuestra boda como a otros motivos, pero he conseguido convencerlo para que se lo calle y espere a que sean ellos quienes nos lo cuenten. Está preciosa, con un vestido verde menta y todos sus rizos rubios recogidos en un moño alto.

Bajamos hacia su dormitorio, donde Camden y Matt se están vistiendo, acompañados por los niños. Cuando entramos, los encontramos abrazados y llorosos, ellos también, después de que Cam le haya dicho a Matt que está muy orgulloso de él. Creo que he llegado a conocerlo lo suficiente como para saber lo que significa para él escuchar esas palabras de boca de su hermano mayor, después de los años que pasó tan enfadado con él.

—¿Estamos seguros de que hoy aquí hay una boda, no un funeral? —pregunto con sarcasmo, mientras me acerco a darle un beso y a contemplar lo increíblemente guapo que está, con su esmoquin negro y su pajarita de terciopelo verde botella. Tan guapo que me dan ganas de saltarme toda la parafernalia, subirlo al ático y no dejarlo salir nunca más.

—Ahora sí que no aguanto más, Cam —confiesa Amanda, sentándose en la cama y arruinándose el maquillaje con unos lagrimones enormes. Lucy la mira con incompreensión, mientras Camden asiente para darle su aprobación—. Chicos, tenemos algo que deciros. Y quizá así entendáis mejor por qué no puedo dejar de llorar.

—¿Qué pasa, Amanda? —Lucy se acerca a ella, pero la intercepto y la cojo en brazos porque sé que está un poco asustada. Le hago cosquillas un momento hasta que consigo que se ría. Matt decide reponerse un poco de la imagen sensiblera que lleva dando desde que se levantó.

—Pasa que Amanda se va a poner como una vacaburra, Lucy.

—¡Matt, joder! —Camden le tira a la cara la manta de Jake, y creo que si no le da un puñetazo es porque se supone que dentro de veinte minutos habrá una boda en el jardín.

—Eres un gilipollas, Matthew —protesta Amanda, que debe de estar muy enfadada con él para que se le haya escapado una mala palabra delante de Lucy.

—Felicidades, chicos —les digo, impidiendo que se desate la guerra, y

dándole unas palmadas de felicitación a Cam en la espalda—. En serio, es el mejor regalo de boda que podríais hacernos.

—¿Me has perdonado ya? —le dice Matt a Amanda, justo antes de que ella se lance a sus brazos y acabe llorando de nuevo.

—Esto es una mierda. Estoy sensible y ni siquiera sé por qué.

—Quizá podrías intentar dejar de hablar mal delante de los niños —le susurra Matt, pero lo suficientemente alto como para que lo escuche la propia Lucy, que se ríe sin parar. Luego, se pone serio—. Ojalá sea una niña y ojalá sea igualita a ti. Está claro que las chicas de esta familia son mucho mejores que nosotros.

—Deberíamos ir bajando —nos advierte Camden, mientras coge a Jake en brazos y recibe la felicitación de Matt.

—Sí, vamos. ¿Preparado? —me pregunta Matt, con un guiño en el ojo que me devuelve al Matt del que me enamoré, con toda esa seguridad en sí mismo y esa chulería que me gusta tanto.

Cojo a Lucy en brazos, porque Matt insistió en que sea ella quien me acompañe durante la boda. Me sorprendió su decisión, pero él tenía claro que, si alguien tenía que ser madrina en su boda, esa solo podría ser Amanda, la única que fue capaz de sacarlo de la oscuridad en la que se vio metido en la adolescencia.

Lucy está perfecta, con un vestido blanco con dibujos de margaritas amarillas, y un par de flores en el pelo. Camden le ha repetido como mil veces que hoy no es día para travesuras, así que lleva desde que se ha levantado portándose tan bien que está irreconocible.

Poco a poco van llegando a casa los escasos invitados a la ceremonia: nuestro equipo del restaurante, un par de amigos míos de Nueva Orleans, los compañeros de Matt de la escuela de cocina y el antiguo director de su instituto en Arkansas. No hay grandes discursos ni aspavientos exagerados. Solo un juez de paz, dos firmas y la constatación de que, aún sin saber que lo había estado buscando toda mi vida, al fin he encontrado mi *felices para siempre*.

Cuando los invitados empiezan a irse, los niños ya se han acostado y la música suena baja, Matt y yo compartimos un vaso de whisky en una de las tumbonas del jardín. Me mira con un brillo en sus ojos que nunca he visto y no puedo evitar ladear la cabeza y preguntarle en qué piensa.

—Gracias —se limita a contestarme.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Porque... yo nunca había tenido nada y, ahora..., ahora lo tengo todo.

Y sus palabras son las mías. Porque, al fin, tenemos una familia. Una casa preciosa. Un trabajo que nos encanta. Una vida entera por delante. Pero, sobre

todo, nos tenemos el uno al otro. Y eso... eso sí es tenerlo todo.

FIN

Si te ha gustado *Mi hogar serás tú*, si tienes alguna duda o quieres contactar conmigo, puedes encontrarme en mi blog www.abrilcamino.com o en las redes sociales ([Facebook](#), [Twitter](#), [Instagram](#), [Pinterest](#)). Si, además, te tomas un minuto para dejar una reseña en [Amazon](#) o en [GoodReads](#), te estaré eternamente agradecida.